

COLECCIÓN DE TEATRO  
**VÍCTOR RUIZ IRIARTE**



# LAS MUJERES DECENTES

Edición de Juan Antonio Ríos Carratalá

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “Las mujeres decentes”:  
Juan Antonio Ríos Carratalá.

LAS MUJERES DECENTES  
( FARSA EN TRES ACTOS )

Esta obra se estrenó en Barcelona, la noche del 3 de junio de 1949, en el Teatro Borrás, y en Madrid, el 9 de septiembre del mismo año, en el teatro Infanta Isabel, con el siguiente

REPARTO

PAULINA .....	<i>Isabel Garcés</i>
PALOMA .....	<i>Olga Peiró</i>
REMEDIOS.....	<i>Irene Caba Alba</i>
DOÑA MARÍA.....	<i>Margarita Larrea</i>
LA DONCELLA.....	<i>María García Ibáñez</i>
MARTITA.....	<i>Irene Gutiérrez</i>
UNA SEÑORITA.....	<i>María Luisa Marfil</i>
JERÓNIMO .....	<i>Antonio Casas</i>
DOMINGO .....	<i>Ricardo Juste</i>
DON FABIÁN .....	<i>Manuel Gómez Bur</i>
VALDÉS.....	<i>José Luis Caballero</i>
CÁNDIDO .....	<i>José Clemente</i>
EL MOZO.....	<i>Emilio Gutiérrez</i>

Dirección: ARTURO SERRANO

## ACTO I

**E**l escenario está dividido en tres partes. La de la derecha y la de la izquierda –se entienden derecha e izquierda las del espectador–, iguales: idénticas de colores, de dimensiones, de planta y de ornato, son dos alcobitas. La del centro es un pasillo que, partiendo de otro pasillo que cruza por el fondo, es perpendicular a la batería y termina justamente en la concha del apuntador. Este pasillo, de blancas paredes, así como el que atraviesa el foro, está cubierto por una alfombra roja. Las dos alcobas, la de la derecha y la de la izquierda, tienen su correspondiente puerta al pasillo, frente a frente, única entrada a estos departamentos. La puerta de la derecha tiene un número encima del dintel: el 57. Otro en igual forma, la de la izquierda: el 56. Las dos alcobas están pintadas en el mismo tono azul gris claro que juega graciosamente con las cretonas y con las alfombras, y contrasta con el blanco del pasillo. En cada uno de los dos departamentos, hay, simétricamente dispuestas, una puertecita al fondo, que da paso al cuarto de baño. Y en el lateral, frente a la puerta del pasillo, un ventanal al campo. Porque –hora es ya de decirlo– estamos en el campo, en un hotel moderno, un balneario quizá, lugar para descanso y reposo, lejos del ruido y la algarabía de la gran ciudad. En cada una de las dos alcobas hay los mueblecitos imprescindibles. Una cama. Una mesilla de noche. Un silloncito. Y un teléfono, muy visible, junto a la cabecera de la cama. Las camas deliciosamente arropadas, lo más simples posible, cubiertas totalmente por telas, están colocadas frente a las puertas de entrada al pasillo, con las almohadas apoyadas en la otra pared. Las puertas de las entradas del pasillo están cerradas, excepto cuando se indique. Es de noche. Hay luz en el pasillo, y en las alcobas apagadas, entra, por las vidrieras abiertas, el resplandor azul de una noche de septiembre.

*(No hay nadie en escena al levantarse el telón. En seguida, por el pasillo, avanzan Jerónimo y el Mozo. Jerónimo es un hombre joven, sencillo, pero terriblemente decaído, con un lamentable aire de melancolía y tristeza. Muy desaliñado. Todo le da igual: no hay más que verlo. El Mozo que le precede, llevando una maleta, es un criado del hotel, que mira a Jerónimo con verdadera curiosidad. Al llegar a la puerta de la habitación de la derecha, la 57, el Mozo se detiene, abre, enciende una luz y el cuarto se ilumina. Luego brinda el paso a Jerónimo. Y entran los dos)*

MOZO.—Por aquí, señor. ¿El señor desea que se le prepare el baño?

JERÓNIMO.—No, gracias. No estoy cansado. (*Se sienta en la cama, palpa lo muelle de sus ropajes y sonrío satisfecho en medio de su melancolía*) ¡Ah, qué cama tan agradable! ¡Y qué silencio alrededor! ¡Qué paz! Por una vez tienen razón las propagandas del Turismo: «Hotel de las Termas. Maravilloso lugar de descanso entre el mar y la montaña». ¿Dónde está el mar? ¿Se ve desde la ventana?

MOZO.—Tanto como verse... El mar cae un poco lejos. Está a cinco kilómetros.

JERÓN.—¡Ah! ¿Entonces lo que está cerca es la montaña?

MOZO.—Le diré. La montaña está pasando el primer pueblo. Total, un par de horitas. Lo malo es que no hay coche de línea...

JERÓN.—(*Más triste aún*) ¡Magnífico! De manera que estamos sobre el mar y la montaña, pero no hay que contar ni con el mar ni con la montaña... Como en Valladolid.

MOZO.—Eso es, sí señor.

(*Jerónimo se encoge de hombros y razona para sí mismo*)

JERÓN.—Está bien. Lo importante es que estoy en el campo, solo y lejos de todo. ¡Qué bien dormiré aquí esta noche, doce, catorce horas seguidas! Son las diez. A las once me acostaré y dormiré como un ángel...

MOZO.—(*Escéptico*) ¡Pchs! ¡Qué se yo!

JERÓN.—¿Cómo?

MOZO.—Verá usted. Es que todas las noches, desde la una, hay baile en la terraza, con la orquesta del hotel. Y los huéspedes arman cada jaleo...

JERÓN.—¿Es posible?

MOZO.—¡Uf! No quiera saber el señor. Esta noche toca concurso de «polka».

JERÓN.—(*Aterrado*) ¡Concurso de polka! Pero, ¿no dicen los folletos del Turismo que este es un lugar de reposo? ¿No es este un sitio solitario?

MOZO.—Pues ahí está. (*Indignado*) ¡Por eso está lleno!

JERÓN.—(*Salta de la cama, asustadísimo*) ¿Ha dicho usted que está lleno?

MOZO.—Del todo. Las cien habitaciones del hotel. Al señor le han dado esta por un milagro. Se la reservaba a una señorita de Madrid. Una escritora. Después telegrafió diciendo que no venía. Luego, que sí. Y como, por lo visto, no ha venido...

JERÓN.—¿Dónde me he metido yo? ¡Cien habitaciones! ¡Cien huéspedes!

MOZO.—(*Puntualizando*) ¡Quia, no, señor! Más, muchos más. Con decirle al señor que en algunas habitaciones duermen cuatro niños...

JERÓN.—¡Niños también!

MOZO.—(*Lúgubre*) Sí, señor. Hay muchos. Son unos angelitos. Hay que verlos en el comedor apedreándose con las mandarinas... Hay uno que ha traído el tambor.

JERÓN.—(*Un escalofrío*) ¡¡El tambor!!<sup>1</sup>

MOZO.—Se llama Carlitos. (*Y mira a Jerónimo con sincera piedad*) Duerme aquí a la vuelta, en la 51.

JERÓN.—(*Desolado*) ¡Y esta es la soledad que yo buscaba! Cien huéspedes, muchos niños y un tambor. (*Transición*) Me voy ahora mismo. ¡Pronto! Baje usted esa maleta. Dormiré en el pueblo de al lado.

MOZO.—No se lo recomiendo, señor. Hasta el pueblo hay quince kilómetros, y en la posada no admiten a los forasteros... Son muy suyos.

JERÓN.—¡Qué horror! (*Y se sienta en la cama, cariacontecido*) Dígame usted: ¿qué clase de huéspedes hay en el hotel?

MOZO.—Ya se sabe que a estos sitios vienen a reponerse, sobre todo, los señores que han tenido un fracaso en la vida.

JERÓN.—Como yo.

MOZO.—(*Severamente*) Esos son los peores. Cuando llegan da pena verlos: se les saltan las lágrimas por nada.

JERÓN.—¡Lo creo! Si usted supiera...

MOZO.—Pero al día siguiente se visten de esmoquin y ya no hay quien los sujete... Me parece que el concurso de «polka» de esta noche lo va a ganar un señor que se ha quedado viudo hace un mes y ha venido aquí para llorar a gusto...

JERÓN.—¡Que sinvergüenza!

1 José López Rubio escribía así a Ruiz Iriarte desde «El Paular de Ruiz Iriarte, 6 de agosto de 1950»: «Te fuiste, como Amable, sin despedirte, sin una sonrisa siquiera. Y eso no está bien. Cuando se han compartido los rigores de la vida dura de la montaña; cuando se han soportado juntos las invasiones familiares malditas; [...] se acaba siendo algo así como hermanos de leche. [...] No sé si resistiré aquí este agosto tenebroso y decidiré volver en septiembre, cuando a las moscas y a las familias les haya llegado su San Martín. [...] Espero esta noche la llegada de Miguel Mihura y sus protestas [...] La «vedette» Rodríguez se incautó anoche de nuestro tresillo verde. Por este motivo, anduve toda la noche perdido por los pinares, sin encontrar refugio. = Me saludo más con los embarazados y he hablado de la tormenta (porque ayer hubo tormenta) con un señor catalán muy feo, pero honorable. = (Siguen llegando gordas). = [...] Pero yo aguantaré la soledad como un hombre, y me defenderé solo de los odiosos Martínez». Y el 9 de agosto: «Pocas noticias de aquí. Se fue Rodríguez con su esposa. El imbécil del pijama sigue igual de bestia y haciendo ruido al tomar el desayuno. = Alejandrina está muy mona y Miguel me la quiere disputar. Pero no logrará nada, porque sigue muy por mí. [...] Se marcharon los embarazados y hoy creo que se van los otros americanos, los de los niños guapos. La Walkyria normanda parece haber sentado la cabeza, ya no juega al escondite inglés, y creo que antes del otoño tendrá un novio como la copa de un pino. = A don Miguel Mihura, como es natural, no le gusta esto nada y está deseando marcharse. [...] (Ahí llega la odiosa Martínez, en su coche). La «vedette» Rodríguez se marchó, dejándome libre el tresillo verde».

MOZO.—Pero no se preocupe el señor. Mañana toca concurso de tangos, y lo puede ganar el señor. ¡Dan una copa!

JERÓN.—Pero, hombre... ¿Qué está usted diciendo? ¿Yo, ganador de un concurso de tangos? No, amigo mío. He dado mi último adiós a todo eso: a las mujeres, al traje de esmoquin, al baile, al «whisky»... Yo soy un vencido. Un derrotado.

*(El Mozo le mira de arriba abajo)*

MOZO.—Lo dicho. El señor se lleva el primer premio de tangos.

*(Dentro y muy cerca, suena un fortísimo redoble de tambor. Jerónimo se pone en pie de un salto)*

JERÓN.—¿Eh? ¿Qué es eso?

MOZO.—¡Maldita sea! El niño, que toca el tambor.

JERÓN.—Pero, ¿a esta hora? ¿Es que ese niño no duerme?

MOZO.—Trasnocha mucho.

JERÓN.—¡Qué espanto!

MOZO.—La mamá del niño está en la terraza hasta la madrugada. Y claro, en algo se tiene que entretener la criatura...

*(Otro redoble de tambor, furiosísimo y más largo. Jerónimo, aterrado, se coge la cabeza con las manos)*

JERÓN.—¡¡Oh!!

MOZO.—*(Pesimista)* ¡Huy! Me parece que el niño va a pasar una mala noche...

JERÓN.—*(Excitadísimo)* ¡Cállese usted! ¡¡Que se calle ese niño!! ¡Fuera de aquí! ¡Quiero estar solo!

MOZO.—*(Muy asustado)* Sí, sí, señor. *(Sale al pasillo, cerrando la puerta. Jerónimo, sobre la cama, golpea furiosamente las almohadas. El Mozo, mientras, se va por el pasillo, gritando:)* ¡Niño! Carlitos, rico...

*(Por el pasillo del fondo cruza Remedios. Es una camarera del hotel, de cierta edad, de uniforme. Se detiene un instante en el fondo y llama al Mozo)*

REMEDIOS.—Corre, que te está llamando Carlitos. Quiere que toques la trompeta, para formar entre los dos una banda...

MOZO.—¡Voy! ¡Voy! ¡Huy, qué nohecita!

*(Desaparecen el Mozo y Remedios, cada uno por un extremo del fondo. Mientras, en su habitación, Jerónimo se incorporó, tomó el auricular del teléfono y ahora habla)*

JERÓN.—Óigame, por favor... ¿El «comptoir»? No, no señorita. No, no, no... No quiero cenar. *(Indignado)* ¡Tampoco quiero el ABC del domingo, porque hoy es jueves! La he llamado a usted para decirle que en este piso hay un niño que toca el tambor como un loco. *(Escucha)* ¡Aaaaah! De manera, que es un niño muy nervioso y no se le puede contrariar... *(Desconsolado)* Sí, sí. Ya sé que se llama Carlitos. Gracias. *(Cuelga)* ¡¡Oh!! *(Mientras Jerónimo ha pronunciado las anteriores palabras, en el pasillo ha surgido un singularísimo personaje: es Domingo. Un hombre de alguna edad, gordezuelo y solemne, que viste traje muy oscuro y sombrero hongo, con bastón. Mira en el pasillo a derecha e izquierda, examina los números de las puertas y, al fin, llama, pulcramente, con los nudillos en la habitación de Jerónimo. Este, sin levantarse, contesta)* ¡Adelante!

*(Domingo entreabre y asoma tímidamente la cabeza)*

DOMINGO.—¿Da su permiso el señor?

*(Domingo entra en la alcoba. Jerónimo se levanta y va hacia él, disgustadísimo)*

JERÓN.—¿Tú otra vez? Pero, ¿no nos hemos despedido para siempre, en el vestíbulo, hace diez minutos?

DOMIN.—*(Compungido)* Sí, señor.

JERÓN.—Entonces, ¡largo! Yo ya no necesito criado. Duerme en el pueblo esta noche, y mañana, en el tren, a Madrid.

DOMIN.—*(Con amargo reproche)* ¡Qué morbosos es el señor!

JERÓN.—¿Qué dices?

DOMIN.—*(Dolorido)* El señor me envía a pasar la noche a un pueblo que está a quince kilómetros, en una posada en la cual no admiten forasteros... El señor padece crueldad mental. Nunca lo hubiera creído en el señor...

JERÓN.—*(Transición; conmovido)* Caramba, Domingo. Pero, ¿no sabes que estoy arruinado? Ayer terminó mi vida de soltero rico y despreocupado, y desde mañana seré un pobre hombre... Lo he perdido todo: fortuna, ilusiones, alegría. Todo. No tengo nada. Ni casa. Me queda un cochecillo para volver a Madrid y unas pocas pesetas en el bolsillo que apenas bastarán para pagar



tres días de hospedaje en este hotel. Lo demás se fue con la aventura y la trampa. Me he refugiado aquí esta noche porque necesito aislarme, pensar un poco en mi porvenir. ¡Tendré que trabajar!

DOMIN.—(*Un escalofrío*) ¡Qué horror!

JERÓN.—(*Con angustia*) ¡Tendré que ingresar en un Sindicato!

DOMIN.—(*Horrorizado*) ¡El señor en un Sindicato! El señor, que pertenece a una familia donde no ha trabajado nadie en cinco generaciones... ¡Si lo dice la Historia de España!

JERÓN.—(*Desconsoladísimo*) ¡Todo se acabó! ¡Soy un vagabundo!

DOMIN.—¡El señor un vagabundo! Da frío pensarlo.

JERÓN.—Comprende ya que no puedo tenerte a mi lado, Domingo. Tú eres un criado demasiado señor para ser criado de un vagabundo...

DOMIN.—(*Heroico*) Si el señor está arruinado, ¡yo soy capaz de trabajar para el señor!

JERÓN.—(*Conmovido*) No digas disparates, Domingo. Tú no has trabajado nunca... Somos dos vagos, Domingo...

DOMIN.—(*Con cierto orgullo*) Muy vagos, sí, señor.

JERÓN.—Dos parásitos. Ahora sé que la vida no es como yo la entendía. Con una mujer a Londres, con otra a París, con otra a Nueva York. ¡Qué asco! Esto no es vivir.

DOMIN.—(*Boquiabierto*) ¿Está usted seguro, señor?

JERÓN.—Sí, Domingo. Viven los otros: los que sufren, los que trabajan...

DOMIN.—(*Con franca repugnancia*) ¡Cómo se ve que el señor se va a hacer del Sindicato!...

*(Jerónimo ha cogido a Domingo de un brazo, familiarmente. Lo lleva hasta la ventana. Y habla relamiéndose con su propia descripción)*

JERÓN.—Mira, Domingo. Los que han sido mis iguales hasta ayer, están ahí, vestidos de etiqueta, rodeados de mujeres bonitas y elegantes. ¡Pobrecillos! Me dan una lástima... Luego bailarán la «polka» hasta la madrugada, y las parejas se esconderán entre los árboles para besarse...

DOMIN.—(*Encantado*) ¡Qué vida más perra!

JERÓN.—(*Sonríe, tristísimo*) En cambio, nosotros somos esta noche dueños de lo más hermoso... Sí, Domingo. ¡Nosotros somos dueños de la luna! Oye, Domingo, ¿qué impresión te produce sentirte dueño de la luna?

DOMIN.—(*Muy serio*) De momento, ninguna, señor.

*(Se apartan ambos del ventanal. Jerónimo toma su maleta y se dispone a entrar en el cuarto de baño)*

JERÓN.—Pues a mí me encanta... De verdad, no me siento desdichado, ni muchísimo menos. Después de todo, quién sabe si en mi nueva vida encontraré mi felicidad... ¡Je! Estoy casi contento. Estoy contentísimo. Vaya, Domingo, buenas noches. ¡Y hasta siempre! Cuídate, que tú eres muy delicado y no estás para hacer esfuerzos. Adiós, Domingo. Ya, ya te escribiré...

*(Y muy emocionado, entra en el cuarto de baño, cerrando la puerta. Domingo, que está inconsolable, se queda solo en la habitación. Y muy patético:)*

DOMIN.—¡Adiós para siempre, señor!

*(Con un gesto doloroso, se seca una lágrima, se pone el hongo, y muy abatido, sale al pasillo dejando la puerta cerrada. Marcha y desaparece en el fondo. Inmediatamente, por el lado opuesto del pasillo del fondo, surgen Paloma y Remedios. Paloma es muy joven, viste un traje muy deportivo, deliciosamente exagerado. Va mirando a todas partes con muchísimo recelo y francamente asustada. La camarera lleva su maletita. Se detienen las dos ante la puerta de la habitación de la izquierda. Abre Remedios. Enciende la luz y brinda el paso a Paloma)*

REMEDIOS.—Pase la señora, por favor. Su habitación.

PALOMA.—Gracias. *(Ya están las dos dentro de la alcoba. Paloma sigue mirándolo todo muy nerviosa)* Es muy bonita. *(De pronto)* Dígame usted: esta noche, ¿debo cerrar la puerta con llave?

REMED.—No es necesario. Hay algunas señoras que no son tan decentes como la señora y dejan la puerta abierta, por si acaso. Pero, como si no...

PALOMA.—¿De veras?

REMED.—Sí, señora. En cambio, los caballeros cierran todos por dentro. Están muy escarmentados...

PALOMA.—¡Ah! Ya. Es que como es la primera vez que viajo sola... *(En este momento se abre la puerta del baño de la habitación de Jerónimo. Asoma la cabeza Jerónimo, se cerciora de que ha desaparecido Domingo y respira. Entra en la alcoba. Sigue abatidísimo. Mientras, en la otra habitación, Paloma y Remedios prosiguen su diálogo. Jerónimo enciende el portátil de la mesilla*

*de noche, apaga la luz central y, con la estancia a media luz, se echa en la cama, enciende un cigarrillo y se ensimisma...*) Dígame... ¿Quién hay en esa habitación?

REMEDIOS.—Ahora, nadie. Pero en seguida llegará, de Madrid, una señorita, que la tiene reservada desde hace tres días. Ya creíamos que no venía. Pero se acaba de recibir un telegrama diciendo que se retrasa un poco porque ha tenido una avería en el coche. Es una señorita que escribe novelas. ¿Manda algo más la señora?

PALOMA.—No se vaya usted todavía. No me acostumbro a estar sola. Como es la primera vez que me escapo...

REMEDIOS.—¿Que se ha escapado la señora?

PALOMA.—Sí, sí.

REMEDIOS.—¡Ay, esto sí que me gusta a mí! La señora se ha escapado. ¡Como en las películas! Y, ¿con quién se ha escapado la señora?

PALOMA.—(*Dignísima, casi llorando*) Con nadie. ¿Qué se ha creído usted? Yo soy muy decente.

REMEDIOS.—(*Decepcionada*) ¡Ah, bueno! Entonces, no hay película. (*Con cierto desprecio*) Cuando las señoras son decentes, no hay película...

PALOMA.—(*Rencorosísima*) Pero me he escapado definitivamente... ¡Y no volveré a su lado jamás!...

*(Se arroja sobre la almohada, y llora desconsoladamente.  
Remedios se acerca cada vez más curiosa)*

REMEDIOS.—¿Al lado de quién?

PALOMA.—¡De mi marido! ¡Es un sinvergüenza!! ¡Le odio! (*Furiosa*) ¡Y no le defiende usted!!

REMEDIOS.—¡No, señora!

PALOMA.—Y si cuando sepa que me ha perdido para siempre, descubre donde estoy, y viene aquí para llevarme a Madrid por la fuerza... ¡No le deje usted pasar!

REMEDIOS.—¡No, señora!

PALOMA.—(*Con amorosísimo entusiasmo*) Le reconocerá usted en seguida. Es guapo, elegante, distinguidísimo... Tiene algunas canas. Es muy simpático.

REMEDIOS.—(*Nostálgica*) Pues, la verdad: ¡no me explico cómo se ha escapado la señora!

PALOMA.—(*Dando puñetazos en la almohada*) ¡Porque es un infame! ¡Un infame!!

*(Remedios ya está en la puerta, a punto de salir)*

REMEDIOS.—Pero, ¡qué infelices son estas señoras de Madrid!... Mire usted que escaparse sola.

*(La mira con honda piedad y sale pasillo adelante. Desaparece. En la habitación de la derecha Jerónimo, inmóvil, parece dormido. Paloma, en su alcoba, sobre la cama, también se incorpora y toma el teléfono)*

PALOMA.—Oiga, señorita. Una conferencia con Madrid. Con el 22-45-24... Sí, es la casa de don Eduardo Montiel. Claro que soy su mujer. ¿Qué había usted creído? Le llamo porque como me he escapado de casa, quiero que sepa que he llegado bien... ¡Ay, no, no es eso! Bueno, es que no sé lo que digo.

*(Llora. Cuelga el auricular y vuelve a arrojarse sobre la almohada. Así está un rato sollozando de cuando en cuando, hasta que mientras ocurre el diálogo que sigue se levanta, y desaparece por la puertecita del cuarto de baño. En el pasillo ha aparecido de nuevo Domingo. Llega hasta la puerta de la habitación de Jerónimo, la abre, ve la habitación en sombras y enciende la luz. Jerónimo está dormido. Domingo, muy alborozado, se sienta en el borde de la cama y le zarandea cariñosamente)*

DOMIN.—¡Señor! ¡Señor!

JERÓN.—¡Domingo!

DOMIN.—Sí, señor. Ahora mismo, al encontrarme en medio del campo, solo y desamparado, acabo de comprender que no puedo vivir sin el señor.

JERÓN.—¿Eh? ¡Fuera de aquí!

DOMIN.—No insista el señor. Me quedo.

JERÓN.—¡¡Largo!!

DOMIN.—Es inútil, señor. Si el señor sufre, sufriré con el señor; si el señor es un vagabundo, yo seré un vagabundo. Como que estoy decidido a trabajar yo también.

JERÓN.—¿Qué dices?

DOMIN.—Nada, nada; me quedo. Es inútil que me eche el señor. ¡No me iré! Voy a pasar la noche en un sofá del vestíbulo...

JERÓN.—(*Conmovido*) ¿Lo has pensado bien? ¿No te da miedo el hambre? ¿No te asusta la miseria?

DOMIN.—(*Se estremece*) Todo por el señor.

JERÓN.—¿De veras? (*Muy emocionado*) Entonces, ¿qué voy a decirte? Dame un abrazo, Domingo.

DOMIN.—¡A mis brazos, señor!

*(Cae uno en brazos del otro, profundamente conmovidos. Domingo le da a Jerónimo unos golpecitos en la espalda. Surge Paloma otra vez en la habitación de la izquierda. Ya se ha despojado de su chaqueta de viaje, de su sombrero, de sus guantes, etc. Naturalmente sigue deconsoladísima. Toma el teléfono y llama)*

PALOMA.—Señorita... Por favor, ¿podría enviarme una taza de té? En seguida, señorita. Gracias. Sí, sí, estoy llorando. Es que no tengo más remedio que llorar...

*(En medio de su desconsuelo, cuelga el teléfono y se echa en la cama)*

DOMIN.—¡Ea! Se acabó la tristeza del señor. ¡Viva la vida! He reservado una mesa para los dos y he encargado una cena espléndida, con champaña...

JERÓN.—(*Inquieto*) Domingo, no te aproveches.

DOMIN.—Compréndalo el señor. Siento la necesidad espiritual de esta cena. Esta fiesta será como mi despedida de todo un pasado.

JERÓN.—(*Enternecido*) ¡Ah! Entonces vamos al comedor.

*(Domingo abre ceremonioso la puerta del pasillo)*

DOMIN.—Pase el señor.

JERÓN.—¡Quita, hombre! Tú primero. Ya somos los dos iguales. Dos vagabundos.

DOMIN.—(*Enérgico*) ¡Pase el señor! Jerónimo de Alvear será siempre un señor, aunque sea un vagabundo...

JERÓN.—Gracias, Domingo. ¡Qué bueno eres!

DOMIN.—He ordenado a la orquesta que cuando nos sirvan el champaña toquen el vals de «La viuda alegre»,<sup>2</sup> que es la música que más le gusta al señor...  
 JERÓN.—¡Qué delicado eres, Domingo; pero qué delicado! A tu lado, da gusto arruinarse.

*(Desaparecen por el fondo. Paloma se incorpora y habla otra vez por teléfono)*

PALOMA.—¡Señorita! He pedido una taza de té. Lo necesito muchísimo. Estoy desfallecida. ¡Una taza de té con limón! ¿Qué dice usted? ¿Qué en el campo no hay limones? Bueno. Entonces, la tomaré sin limón...

*(Cuelga. Por el pasillo del fondo viene Remedios precediendo a Paulina Jordán. La camarera lleva una maleta. Paulina un neceser. Paulina es elegante, elegantísima. Tiene todo el aire y el encanto de una mujer de nuestro tiempo. Por su donoso atavío, por la gracia de sus ademanes, se ve que está acostumbrada a viajar. Las dos hablan todavía en el pasillo)*

PAULINA.—Ya he cenado en el parador. Mañana me llamarán por teléfono desde Madrid. También espero unos telegramas. Y periódicos y revistas. Mi nombre es Paulina Jordán. Acuérdesse. ¡Ah! Y no quiero ver a nadie. Haré las comidas en mi cuarto...

REMEDIOS.—Muy bien, señorita. *(En cómplice)* Esto es que la señorita ha venido al campo para escribir una novela, como si lo viera. A veces vienen de Madrid algunos escritores muy famosos para trabajar aquí. Luego, se reúnen todos en el vestíbulo y empiezan a discutir y a jugar al «poker». Y después se van a trabajar a Madrid...

PAULINA.—Yo no he venido a trabajar ni a jugar al «poker». Yo vengo a llorar...

*(Y se le salta una lágrima. Remedios la mira)*

REMED.—¡Otra!

PAULINA.—¿Cómo?

REMED.—No, nada. Es que llevamos una temporada...

---

<sup>2</sup> *La viuda alegre* (1905): opereta del compositor austrohúngaro Franz Lehár. El vals es uno de los pasajes más conocidos de esta popular obra.

*(Ya han llegado a la puerta de la habitación de la derecha. Remedios empuja, abre y enciende la luz. Paloma, desesperada, toma otra vez el auricular)*

PALOMA.—Oiga... ¿Es que en este hotel no se puede tomar una taza de té? ¿Qué dice usted? ¿Que tenga en cuenta que estamos en el campo? Anda... Pero si yo creía que el té era cosa del campo. Como son hierbecitas...

*(Remedios y Paulina ya están dentro de la habitación de la derecha. Paulina, que se ha sentado en la cama, rompe a llorar con un infinito desconsuelo)*

PAULINA.—¿Verdad que todas las mujeres somos desgraciadas?

REMED.—*(Atónita)* ¡Pchs! Vaya usted a saber.

PAULINA.—*(Como buscando consuelo)* Usted también es desgraciada, ¿no es eso?

REMED.—Pues..., ¿qué quiere que le diga a la señorita? No mucho.

PAULINA.—*(Indignada)* ¿Cómo que no mucho?

REMED.—*(Pensativa)* Bueno... La verdad es que, mirándolo bien, la vida es un asco.

PAULINA.—¡Un asco!

REMED.—*(Muy compungida)* Se pasa una la vida subiendo y bajando las escaleras. Barre que te barre. Friega que te friega...

PAULINA.—¡Friega que te friega!... ¡¡A sus años!!

REMED.—*(Casi llorando)* Eso digo yo. A mis años. Y de propinas, nada. No vaya a creer la señorita.

PAULINA.—*(Conmovidísima)* De propinas, nada. ¡Pobre mujer! Y aún dice que no es desgraciada...

REMED.—Sí que lo soy; sí, señorita. Lo que pasa es que hasta ahora no me había dado cuenta.

PAULINA.—¿Va usted a llorar?

REMED.—¿Cómo quiere la señorita que no lllore con esta desgracia?

*(Paulina la acoge en sus brazos con tierna generosidad y llora también con ella)*

PAULINA.—¡Llore, criatura, lllore! Pero, en mis brazos. ¡¡Lloraremos juntas!!



*(La sienta a su lado en la cama, y las dos, estrechamente abrazadas, lloran desgarradoramente. En la otra habitación, Paloma se incorpora de nuevo y toma nerviosa el teléfono)*

PALOMA.—¡Oiga! ¡Una taza de té! ¡Una taza de té! ¡Una taza de té! ¿Cómo? ¿Qué dice usted? ¿Que ha desaparecido la camarera? ¿Que no se la encuentra por ningún lado? ¡Oh! *(Suelta el teléfono, se pone en pie y sale al pasillo)* ¡Camarera! ¡Camarera! *(Como la habitación de la derecha tiene la puerta abierta, Paloma, desde el pasillo, descubre a Paulina y a Remedios llorando, y se acerca tímidamente al umbral)* Camarera... ¡Ay, ustedes perdonen! ¿Ha ocurrido algo?

PAULINA.—¿Le parece a usted poco? ¡Que somos muy desgraciadas!

PALOMA.—*(Encantada)* ¿De veras?

REMEDIOS.—¡Ay! Sí, señora. ¡Ay, Virgen!

PALOMA.—*(Llorosa)* ¡Toma! Pero si yo también soy muy desgraciada...

PAULINA.—*(Casi con alegría en medio de sus lágrimas)* ¿De verdad? Entonces, pase y lllore con nosotras...

*(Entra; se sienta en la cama, al lado de Paulina y Remedios. Y los sollozos de las tres son desgarradores)*

PAULINA.—¡Ay, Dios mío!

PALOMA.—¡Ay, qué pena tan grande!

REMEDIOS.—¡Ay! ¡Ay, Virgen!

PAULINA.—*(En medio de sus lágrimas)* ¿Verdad que esto consuela mucho?

REMEDIOS.—¡Mucho!

PALOMA.—¡Muchísimo!

*(Siguen llorando. Por el pasillo avanza un nuevo personaje. Es don Fabián. Un caballero de bastante edad, muy grave, y ceremoniosamente vestido, pero con un gran aspecto bonachón. Llega por el pasillo y se detiene entre las dos puertas. Ve el grupo que ofrecen las tres mujeres llorando a lágrima viva y extrañadísimo entra en la habitación de la derecha y se planta ante ellas con las manos en la cabeza. Las tres al verle suspenden el llanto)*

DON FABIÁN.—¡Oh! ¡Paulina!

PAULINA.—¡Tío Fabián!



DON FABIÁN.—¡Bravo! Acabamos de llegar. Te dejo sola cinco minutos, mientras arreglo tus papeles, y en tan poquísimo tiempo ya has tenido lugar para organizar una de las tuyas. ¡Bravísimo! (*Irónico y furioso*) ¿Quieres presentarme a estas amiguitas? ¿Eh?

PAULINA.—(*Tímida y ruborizada*) Todavía no las conozco.

DON FABIÁN.—¿Es posible?

REMEDIOS.—Con permiso del señor... Yo soy la camarera del piso.

DON FABIÁN.—¡Hola!

PALOMA.—Yo me llamo Paloma. Tengo la habitación de enfrente. Soy la señora de Montiel. Pero ya no soy una señora...

TODOS.—¿Cómo?

PALOMA.—¡Como que me he escapado de casa!

TODOS.—¿Eh!

PALOMA.—¡Ay, qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!

*(Paloma rompe a llorar de nuevo y sale de la habitación, atraviesa el pasillo, y entra en su pieza. Remedios la sigue y entra también con ella. En la otra habitación quedan solos Paulina y don Fabián. Paulina está sentada en la cama. Don Fabián da grandes paseos indignadísimo)*

DON FABIÁN.—Paulina... ¿Dónde te has metido? Este hotel está lleno de locos. Me han preguntado que si bailo la «polka». ¡A mí! Y esta mujer que se ha escapado de casa...

*(En la otra habitación, Paloma se ha tendido de nuevo en la cama, boca abajo. La camarera está en pie a su lado y le da tiernamente golpecitos en el hombro)*

REMEDIOS.—¡Señora! ¡Yo creo que la señora necesita tomar algo caliente! ¿Cómo no se le ha ocurrido a la señora pedir una taza de té?

PALOMA.—(*Se incorpora vivamente*) ¿De verdad sería usted capaz de traerme un taza de té?

REMEDIOS.—(*Muy campechana*) Sí, señora, ya lo creo. Entre nosotras...

*(Y muy diligentemente, sale de la habitación, cierra la puerta tras de sí, y hace mutis por el pasillo. Paloma, al quedarse sola, entra en el cuarto de baño. En la habitación de la derecha, don Fabián cesa en sus paseos y se planta ante Paulina)*

DON FABIÁN.—Entonces, ¿estás decidida?

PAULINA.—Sí, tío Fabián. No volveré a Madrid en mucho tiempo. Mis nervios necesitan este descanso.

DON FABIÁN.—¡Soberbio! Por lo visto crees que vas a encontrar la paz bailando la «polka». (*Transición*) Paulina, hace sesenta años que no salgo de Madrid, y cuando quiero buscar la paz me voy a la Gran Vía, y tan ricamente. Paulina, hija mía, óyeme. Soy tu única familia. Paulina, sobrina, oye al tío Fabián. Reconozco que tengo poquísima autoridad, pero esta noche te pido que me escuches por una sola vez en tu vida. Esta escapada es absurda, extravagante. Vuelve a tu casa y déjame volver a la mía. Volvamos a Madrid.

PAULINA.—Imposible. (*Patéticamente*) Yo me quedo aquí. No quiero que en Madrid me vean llorar...

DON FABIÁN.—(*Exasperado*) ¡¡Demonio!! Pero, ¿quieres explicarme cuál es tu desgracia?

PAULINA.—Soy una mujer fracasada, tío Fabián. He publicado tres novelas y no se ha vendido ninguna de las tres. Si aún crees que no es para sentirse desgraciada...

DON FABIÁN.—¡Dichosa literatura!

PAULINA.—En esos tres libros he puesto lo mejor de mi imaginación. Y yo tengo mucha imaginación...

DON FABIÁN.—¡Digo! Desde pequeñita. Muchas veces, cuando yo entraba en tu cuarto, te quedabas mirándome, y de buenas a primeras, me decías: «Hola, tío Fabián. Estaba ahora en la India, pero no me gusta el clima. Me voy al Canadá que está más fresco». Y así sigues.

PAULINA.—No me interrumpas, tío Fabián. En estos tres libros he puesto mis ilusiones, mis sueños de mujer. Además, escribo muy bien. Lo dice la gente. Bueno. La poca que ha leído mis novelas...

DON FABIÁN.—Poquísima.

PAULINA.—Entonces, ¿por qué no se venden mis novelas? ¿Por qué se venden más las de Vicky Baum? Supongo que no creerás que Vicky Baum escriba mejor que yo...<sup>3</sup>

DON FABIÁN.—Hija mía. Yo no leo más que lo que tú escribes. (*Enérgico*) Estoy decidido a que seas la mejor...

PAULINA.—(*Muy conmovida*) Gracias, tío. Si todos fueran como tú...

DON FABIÁN.—Pero yo te diré, si quieres, por qué la gente no quiere tus novelas. A pesar de esa imaginación tuya, que tantos disgustos me ha dado; a pesar

3 *Vicki Baum* (Viena, 1888-Hollywood, 1960): novelista muy popular entonces, aunque a menudo se la consideró trívica. Ha sido comparada a la española Corín Tellado.

de la estupenda fantasía que derrochas en tus obras, no conoces la vida, Paulina. No es que tus libros le interesen poco al público; eres tú, tú misma, la que no interesas nada...

PAULINA.—¿Qué quieres decir, tío Fabián?

DON FABIÁN.—(*Gravemente*) Eres demasiado decente, hija mía.

PAULINA.—(*Indignada*) ¡Tío, no seas inmoral!

DON FABIÁN.—La gente te conoce, sabe cómo eres... Tú escribes novelas de amor, y no sabes una palabra del amor. En tu último libro, «Tempestad en el alma», la protagonista es una aventurera, y ¡hay que ver qué aventurera! Es una aventurera buenísima. Un ángel de Dios... En el fondo, la pobre es una infeliz, como tú. Y es lo que yo digo: una novelista puede ser todo lo decente que le dé la gana, pero no hay derecho a que lo sepa todo el mundo...

PAULINA.—¡Tío Fabián!...

DON FABIÁN.—Tu decencia es escandalosa. La semana pasado te invitó a cenar un periodista para hacerte una interviú y le diste un par de bofetadas...

PAULINA.—(*Con rubor*) Era un desahogado. Se quería aprovechar...

DON FABIÁN.—¡Estupendo! Todo eso a mí, al viejo tío Fabián, me encanta y me enorgullece. Pero a la gente le hace reír. La virtud no sirve para la publicidad... ¿Qué voy a decirte? ¡Pchs! Recuerda las grandes mujeres que han triunfado. Sarah Bernhardt tuvo una de líos... ¡Oh! Y la Duse, ¡pobrecita!, no digamos. ¡Una calamidad! Acuérdate de Jorge Sand y Chopin.<sup>4</sup> Todavía se murmura de ellos en la buena sociedad de Mallorca. Esa leyenda, esa aureola, es lo que a ti te falta, hija mía. Tus novelas son muy bonitas. Pero tú eres una pobre mujer sin interés. Si en tu vida hubiera un escándalo...

PAULINA.—¡Tío Fabián!

DON FABIÁN.—¡Si tuvieras un amante!

PAULINA.—(*Temblorosa*) ¡Tío Fabián!

DON FABIÁN.—Entonces tus libros se agotarían. ¡Serías famosa! La gente creería ver en cada una de esas heroínas que tú te inventas un poco de tu vida. Algo de tu intimidad.

PAULINA.—(*Atónita*) Entonces, ¿tú crees que yo debo dar un escándalo?

DON FABIÁN.—(*Indignadísimo, pega un puñetazo en cualquier parte*) ¡¡Un cuerno!!

PAULINA.—¡Ay!

---

4 Sarah Bernhardt (1844-1823) y Eleanora Duse (1858-1924): actrices; George Sand (1804-1876) novelista. Las tres formaban parte de un imaginario, no demasiado popular, de mujeres famosas también por su agitada vida sentimental. La francesa George Sand pasó en Mallorca el invierno de 1838 con sus hijos y el compositor Federico Chopin, a quien había conocido en 1831. Este viaje fue descrito en su libro *Un invierno en Mallorca (Un hiver à Majorque, 1855)*.

DON FABIÁN.—¡Quiero decir que se acabó la literatura! ¡Quiero que renuncies a esos sueños de fama y gloria! Ya has pasado soñando los mejores años de tu juventud. ¡Despierta, Paulina! Cásate con un ingeniero que no haya leído ni siquiera a Rubén Darío.<sup>5</sup>

PAULINA.—No... ¡Eso, jamás!

DON FABIÁN.—¡Paulina, Paulina!

PAULINA.—No puedo renunciar. No quiero. Vete, tío Fabián. ¡No me has comprendido nunca!

DON FABIÁN.—¡Y dale! ¡Otra vez la literatura! (*La mira, suspira y se encamina hacia la puerta*) Está bien. Mañana volveré solo a Madrid. El aire del campo, después de tantos años de casino, no es nada bueno para mí. Si me necesitas, llámame. Buenas noches.

PAULINA.—¿No me das un beso, tío Fabián?

DON FABIÁN.—Claro que sí, hija mía...

*(La besa con mucho cariño. Ella alza hacia él los ojos muy abiertos y dice, tímidamente)*

PAULINA.—¿Tú crees que un escándalo muy gordo lo arreglaría todo?

DON FABIÁN.—(*Asustadísimo*) ¡Paulina! ¿Qué estás pensando? ¿Qué imaginas? ¡Paulina, que te temo!

PAULINA.—Buenas noches, tío Fabián.

*(Y francamente sonrojada, entra en el cuarto de baño y cierra la puerta tras de sí. Don Fabián queda solo en la alcoba)*

DON FABIÁN.—¡Paulina! ¡Ay, señor! Dios nos coja confesados...

*(Sale don Fabián por el pasillo, cerrando la puerta, y desaparece por el fondo. Durante este instante las dos alcobas están vacías; de pronto, suena vivamente el teléfono en la habitación de la derecha y se oye la voz de Paloma, que responde)*

VOZ DE PALOMA.—¡Voy! ¡Voy!

<sup>5</sup> *Rubén Darío*: poeta nicaragüense de enorme popularidad. En una novela ambientada en aquellos mismos años, *El viaje a ninguna parte* (1985), Fernando Fernán-Gómez ironiza sobre la popularidad de Darío, el «poeta de la Raza»; sus versos se recitaban hasta en las casas de citas y pensiones.

*(Paloma entra corriendo por la puertecita del cuarto de baño. Viste ahora un primoroso pijama y se cubre con una gran bata. Se dirige al teléfono, presurosa y emocionada, y toma el auricular)*

PALOMA.—Sí, sí. Conferencia con Madrid. Yo he pedido conferencia con Madrid. Diga, diga. Oiga... ¿Quién está al aparato? ¿Es usted, Enriqueta? Soy yo, la señora... Claro... La misma. No, no me ha ocurrido ningún accidente. Es que me he fugado de casa. Así como usted lo oye... ¿Cómo? ¿Que tiene gracia? Enriqueta, no sea usted idiota, que esto es una cosa muy seria. ¡Muy seria! *(Escucha un momento. Y luego, con enorme ansiedad)* ¿Y mi marido? ¿Se ha asustado mucho? ¿Se ha encerrado en su despacho? ¿Le ha visto usted llorar? ¿No? Bueno, será que el pobrecito disimula delante de ustedes... Enriqueta, por favor, vaya usted de puntillas al cuarto del señor y dígame lo que está haciendo. Vaya, sí... *(Y espera un rato, anhelante. Al cabo:)* ¿Qué? ¿Que se está vistiendo de etiqueta? ¿Se va a una fiesta? ¿Esta noche? Pero, ¿será capaz de ir a una fiesta, precisamente esta noche, cuando yo me he escapado de casa y ni siquiera sabe dónde estoy? ¡Dios mío! ¡Pero mi marido es un cínico! ¡Mi marido es un sinvergüenza! *(Transición. Indignadísima)* ¡Enriqueta, no diga usted que sí cuando digo que mi marido es un sinvergüenza, porque me pone usted nerviosísima! ¡Ay, Dios mío! *(De pronto, se le transfigura el rostro y la voz)* ¡Eduardo!! ¿Eres tú? Soy yo, Paloma, tu mujer. Estoy muy lejos. Eduardo, muy lejos; ya no me verás más... ¿Cómo? Estoy en el Hotel de las Termas. A muchísimos kilómetros de Madrid... En pleno campo ¿Qué? ¿Qué dices? ¿Que si hace buena temperatura? Pero, Eduardo, te digo que estoy muy lejos, te digo que no me verás más, y todo lo que se te ocurre preguntar es por la temperatura. Eduardo, ¡tú eres un fresco! ¡Oh! *(Escucha durante unos instantes, moviendo la cabeza negativamente)* No, no, no... Esto no es una chifladura. ¡Es que no puedo más! ¡No puedo! ¡No quiero vivir contigo! ¿Lo oyes? Déjame hablar... Eduardo, está clarísimo. No quiero vivir contigo porque eres un sinvergüenza. Hace un año que nos casamos y ya me has engañado tres veces. No, no volveré. Esto te servirá de lección... ¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Que te gusta que te llame sinvergüenza? *(Casi llorando)* Eduardo. ¡Eduardo! ¡Eduardo!! *(Un silencio. Escucha, mimosísima)* No, no, no. No volveré nunca. Es inútil. Puedes decirme los piropos que quieras. No te hago caso. ¡Pchs! Que no te oigo. *(Escucha, encantadísima y con enorme atención)* Nada, nada... No oigo nada. ¡Nada! *(Hay un largísimo silencio)* Sigue, Eduardo, mi vida, sigue. ¿Es verdad eso? ¿Será verdad? *(Una transición. Una lágrima)* ¡No!! ¡No es verdad! Es mentira, todo mentira. Eres un embustero. ¡Eso es lo que tú eres! Un granuja, como dice mi madre. *(Un silencio)* ¡Eduardo, no insultes a

mamá! Estoy segura de que volverás a engañarme una y otra vez. Porque no tienes más remedio, porque te gustan todas. (*Indignadísima*) Pero, ¿no has pensado alguna vez que yo puedo vengarme? ¿No piensas que si yo quisiera tendría un amante, y te haría muy desgraciado? ¿Eh? ¿No has pensado todo eso? ¿Cómo? ¿Que soy demasiado decente? (*Desesperada*) Eduardo, que no me conoces; que soy capaz de todo, que soy capaz de todo... (*Cuelga, con furia, el auricular, y, de una verdadera crisis de nervios y de lágrimas, cae de bruces sobre la cama*) ¡Oh, Dios mío!

*(Surge Paulina, en su habitación, naturalmente, por la puertecita del cuarto de baño. También se atavía con una linda «toilette» de noche. Viene con los ojos muy abiertos, sobrecogida, asustadísima. Trae en la mano la maleta de Jerónimo, que mira con curiosidad y enorme emoción... Deja la maleta encima de la cama y levanta la tapa, que se abre con toda facilidad; la vuelve a cerrar de golpe y, muy emocionada, cruza su habitación, sale al pasillo y llama con los nudillos en la puerta de la alcoba de Paloma. Esta se asusta)*

PALOMA.—¿Quién? ¿Quién es?

PAULINA.—¿Está usted sola?

PALOMA.—(*Un respingo. Indignadísima*) ¡Naturalmente que estoy sola! ¿Qué se ha creído usted?

PAULINA.—¡Chiss!... Entonces, salga. Me sucede algo extraordinario. ¡Acabo de encontrar en mi habitación la maleta de un hombre!

PALOMA.—¿Eh? ¿La maleta de un hombre? (*Se lanza fuera de la cama. Corre a la puerta y abre. Están las dos en el pasillo, frente a frente*) ¿Es posible?

PAULINA.—Como lo oye. Venga usted. (*La coge de una mano y se la lleva. Entrán las dos en la habitación de Paulina. Esta le señala a Paloma la maleta, que yace encima de su cama*) ¡Mírela!

PALOMA.—¡Oh! ¿Está usted segura de que esa maleta es de un hombre?

PAULINA.—Segurísima. Tiene una tarjeta.

*(Muy juntas se aproximan las dos a la maleta. Paloma lee)*

PALOMA.—«Jerónimo de Alvear». ¡Jerónimo!

PAULINA.—Mire, mire... Es una maleta que ha viajado mucho. Lea las etiquetas. Hotel Claridge, Londres. Hotel Plaza, Buenos Aires. Hotel Astor, Nueva York, ¡Qué barbaridad!



PALOMA.—Aquí hay otra: Gran Hotel, Logroño.

PAULINA.—¡Ah! Mire, mire... Un disco de gramófono. Es el vals de «La viuda alegre». Debe ser su pieza favorita.

PALOMA.—¿Usted cree?

PAULINA.—Seguro. ¡Ah!

PALOMA.—¿Qué es eso?

PAULINA.—Camisas de seda natural...

PALOMA.—¿Llamamos a la camarera?

PAULINA.—¡No!

PALOMA.—(*Muy bajo*) ¿Cree usted que debemos seguir registrando?

PAULINA.—¡Desde luego! Yo no puedo perder esta oportunidad. Yo soy novelista, y todo esto me documenta muchísimo... ¡Ay! Es un hombre interesantísimo.

PALOMA.—¿Por qué?

PAULINA.—Mire; en las camisas, debajo de las iniciales, tiene bordada una corona... (*Triunfal*) ¡Es un aristócrata!

PALOMA.—No diga usted más. Es uno de esos que siempre están en el exilio...

(*Paulina, por su gesto, ha encontrado algo interesante en el fondo de la maleta*)

PAULINA.—¡Calle usted!

PALOMA.—¡Ay!

PAULINA.—¡Fotografías! (*Exhibe en alto tres postales*) ¡Tres retratos de mujer!

PALOMA.—A ver, a ver. ¡Ah! ¡Qué...! ¡Qué descaradas!

PAULINA.—¿Las tres están dedicadas?

PALOMA.—¿Cree usted que es correcto leer las dedicatorias?

PAULINA.—Por Dios, querida, no sea usted hipócrita; que estamos solas. (*Y lee*) «Para Jerónimo, su víctima, Maruja?. (*Admiradísima*) Dice «su víctima».

PALOMA.—(*Igual*) Ya, ya.

PAULINA.—Debe ser un hombre de cuidado. (*Lee en otra postal*) «A Jerónimo, el hombre de mi vida, su esclava, Juanita». ¡El hombre de su vida! Y dice «su esclava».

PALOMA.—Pobre Juanita. Lo que ha debido sufrir con un hombre así...

PAULINA.—¡Ay! Esta es peor. (*Lee*) «¿Qué has hecho conmigo, Jerónimo?». Y firma, Lola. (*Suspira*) Ya no cabe duda de que Jerónimo es fascinante. Un hombre que ha hecho desgracias a tres mujeres, tiene que ser encantador.

PALOMA.—Sí, sí... Debe ser irresistible. ¿Qué habrá hecho con Lola?

*(Paulina sigue registrando en la maleta muy emocionada, con verdadero ardor)*

PAULINA.—Pijamas, una bata, ropa blanca...

PALOMA.—*(Pudorosa)* No siga usted registrando, por favor...

*(Y de pronto, un grito de gozo de Paulina)*

PAULINA.—¡Ay!

PALOMA.—*(Muy asustada)* ¿Qué? ¿Qué ha visto usted?

PAULINA.—Un libro. *(Con mucha emoción)* ¡Es un libro mío! ¡Jerónimo lee mis libros! Mírelo usted. *(Le tiende un volumen)* «Tempestad en el alma». Es mi última novela. ¡Qué hombre tan espiritual! ¡Qué delicado!

PALOMA.—«Tempestad en el alma». Me gustaría leerla.

PAULINA.—*(Le quita el libro de las manos y la mira superior)* No se la recomiendo. Quizá sea un poco atrevida para usted.

PALOMA.—¡Ah! Pero, ¿usted escribe novelas atrevidas?

PAULINA.—¡Pchs! ¡A veces!

PALOMA.—*(Asustada)* ¡Qué horror!

PAULINA.—*(En su mundo)* De manera que Jerónimo es un hombre que ha viajado; Jerónimo es un aristócrata; Jerónimo vuelve locas a las mujeres; Jerónimo tiene un gusto literario exquisito. ¡Qué hombre! ¿Se da usted cuenta?

PALOMA.—*(Interesadísima)* Sí, sí. Yo creo que sí.

PAULINA.—*(Entusiasmándose a medida que habla)* Y ese hombre extraordinario, ese hombre excepcional, está aquí...

*(Paloma se asusta mucho y mira por todas partes)*

PALOMA.—¿Dónde?

PAULINA.—Está en espíritu.

PALOMA.—¡Ah!

PAULINA.—Está en esta maleta. No puede haber mejor definición de un hombre que su propia maleta. Ahí están sus secretos, su intimidad, todo él...

PALOMA.—*(Curiosa y emocionada)* ¿Va usted a escribir una novela sobre Jerónimo?

*(Paulina la mira ensoñadora y superior)*



PAULINA.—¡Quién sabe! Presiento que Jerónimo ha venido a mi vida para algo más que para que yo escriba una novela... *(Un silencio. Una sonrisa)* Pero ¿no ve usted que está claro todo? ¿Por qué aparece esta maleta, precisamente en mi habitación? ¿Quién la ha dejado en un rincón de mi cuarto de baño? ¿Por qué tiene dentro «Tempestad en el alma»?

PALOMA.—*(Cavilando)* Verdaderamente.

PAULINA.—¡Cállese!

PALOMA.—¡Ay!

PAULINA.—Yo no soy una mujer vulgar. Yo tengo mucha imaginación. Esa maleta, ese hombre... Ese hombre único, maravilloso. *(Iluminada)* ¡Si usted supiera! Si usted supiera que me lo imagino tal y como es...

PALOMA.—*(Sugestionada)* Sí, sí. Es verdad. Yo también. Yo también podría decir ahora mismo cómo es Jerónimo...

PAULINA.—*(Con ceño)* ¿Usted también?

PALOMA.—Sí, sí.

*(Las dos se miran indefinidamente. La orquesta en el jardín interpreta en este punto el vals de «La viuda alegre». Las dos mujeres, automáticamente, dirigen sus ojos al ventanal)*

PAULINA.—*(Muy bajo)* ¡«La viuda alegre»!

PALOMA.—¡«La viuda alegre»!

PAULINA.—¡Qué casualidad!

*(Un silencio. Se miran las dos otra vez. Paloma baja la cabeza muy confundida)*

PALOMA.—Es tardísimo. Buenas noches.

PAULINA.—Buenas noches.

*(Sigue oyéndose el vals. Paloma sale al pasillo, lo cruza y entra en su habitación. Cada una de las dos mujeres está ya en su cuarto. Paulina, desde el ventanal, oye ensimismada la melodía que viene del jardín. Paloma se sienta en la cama, muy pensativa. Paulina, muy despacio, se sonrío a sí misma. Vuelve junto al lecho, recoge todo el contenido desparramado de la maleta de Jerónimo. Lo guarda otra vez, excepto las dos fotografías, que quedan olvidadas sobre la mesilla de noche. Cierra la maleta y entra con*

*ella en el cuarto de baño. Mientras, Paloma, que seguía pensativa, toma una decisión y sonrío. Coge el auricular del teléfono)*

PALOMA.—¡Señorita, por favor! Tome nota de un telegrama que le voy a dictar y póngalo urgente. Gracias. «Eduardo Montiel, Lista, cuarenta y cinco. Madrid. Acabo de conocer a un hombre fabuloso. Se llama Jerónimo. Es aristócrata, millonario. Me gusta muchísimo. Si no me juras que no volverás a engañarme, estoy dispuesta a fugarme con Jerónimo. A Nueva York o a Logroño. Me da igual. Tú verás. Paloma». Muchos gracias, señorita...

*(Cuelga. Vuelve Paulina del cuarto de baño, sin la maleta, naturalmente. Otra vez están las dos, cada una en su alcoba. Las dos apagan la luz central. Quedan las alcobitas en la semipenumbra de las pantallitas de las mesillas de noche. Las dos mujeres se despojan de sus batas. Están ya en «pyjama», listas para el descanso. Paulina, sin abandonar su sonrisa, se zambulle en la cama. Sentada en el lecho, se santigua y reza. Entretanto, Paloma se arrodilla en el suelo, sobre la alfombra, se persigna y hace sus breves oraciones con la misma devoción. Las dos sonrío. Ya están las dos acostadas tranquilamente. Durante el juego anterior aparecen en el pasillo y bajan desde el fondo al primer término, Jerónimo y Domingo. Vienen cogidos del brazo. La alegría del champaña se refleja en sus ojos, un poco brillantes. Son realmente felices. Hablan en el pasillo)*

JERÓN.—*(Divertidísimo)* ¡Domingo de mi alma! Has tenido una idea genial. Ya tenemos un porvenir. Pero ¿cómo no se me ha ocurrido a mí antes? Si es sencillísimo. Lo único que nos queda es el coche... Pues ya está. *(Ríe feliz)*  
¡El coche!

DOMIN.—*(Riendo también)* ¡Claro! ¡El coche!

JERÓN.—Mañana nos vamos a Madrid, convertimos nuestro coche en un taxi... ¡Y ya está!

DOMIN.—¡Ya está! *(Ríe contentísimo)* El señor es un conductor estupendo... El señor será el chofer más elegante de Madrid. Ya parece que le estoy viendo con su gorra de plato.

JERÓN.—Sí, sí, yo también me veo. *(Dichoso)* De la Cibeles al Hipódromo, de la Gran Vía a las Ventas. Ya oigo cómo todo el mundo me grita: ¡Taxi! ¡Taxi! Cuánto dinero vamos a ganar. Si me llama una muchacha bonita la llevaré gratis. Si me para un señor con cara de magistrado, le diré que voy a encerrar...

DOMIN.—(*Tiernamente*) Parece que ha sido chofer toda su vida...

JERÓN.—¿Tú crees?

DOMIN.—(*Entusiasmado*) ¡Yo seré el golfo del señor!

JERÓN.—¿Qué es eso?

DOMINGO.—El golfo es ese individuo que va al lado del chofer, señor.

JERÓN.—Hombre, Domingo. Tú, un golfo...

DOMIN.—(*Divertidísimo*) ¡Sí, señor! ¡Hay que ver qué bien lo vamos a pasar! ¡Je!  
¡Taxi! ¡Taxi!

JERÓN.—(*Riendo también*) ¡A encerrar!

DOMIN.—¡Así! ¡Así!

JERÓN.—Bueno. La verdad es que esto de arruinarse es divertido.

DOMIN.—¡Digo! Y eso que estamos empezando.

JERÓN.—¡Buenas noches, Domingo!

DOMIN.—¡Buenas noches, señor!

*(Domingo, siempre riendo, muy feliz, se va por el fondo. Queda Jerónimo solo en el pasillo, entre las dos puertas. La risa se le apaga poco a poco, hasta que la tristeza le asoma otra vez a los ojos y un profundo suspiro se le escapa. Se encoge melancólicamente de hombros. Mira los números de las puertas, como dudando, y luego, con toda decisión, abre y entra en la habitación de la derecha. Paulina, que parecía dormida, al ver una sombra en el umbral, pega un salto tremendo entre las sábanas y grita con toda su alma)*

PAULINA.—¡Ayyyyy! ¿Quién es? ¿Quién anda ahí?

JERÓN.—(*Confundido, pálido, balbuceando*) ¡Perdón! ¡Perdón! (*Retrocede. Sale al pasillo y cierra la puerta. Paulina se queda sentada en la cama con un susto mortal. Jerónimo en el pasillo, se seca el sudor*) ¡Caramba! Por lo visto me he equivocado de puerta. ¡Qué barbaridad!

*(Y, tranquilamente, empuja la puerta de la habitación de Paloma y entra. Paloma, aterrada, brinca entre las sábanas y lanza un grito de pavor)*

PALOMA.—¡Ayyyyy! ¿Quién es? ¿Qué quiere?

*(Jerónimo, empavorecido, retrocede y sale otra vez al pasillo. Cierra la puerta de Paloma. Está palidísimo)*

JERÓN.—¡Perdón!! ¿Qué es esto? Resulta que me he equivocado de piso. (*Mira asombrado los números de las puertas*) Pues, señor, yo juraría...

*(Y, muy preocupado, se marcha aprisa por el pasillo. Desaparece en el fondo. Entretanto, las dos mujeres, cada una en su cuarto, se han lanzado fuera del lecho, se han puesto los saltos de cama y corren a las respectivas puertas de sus habitaciones. Las dos abren a un tiempo y se encuentran en el pasillo cara a cara, muy asustadas. Un silencio. Se miran las dos, recorren con los ojos todo el pasillo hasta el fondo, luego vuelven a encontrarse sus miradas)*

PAULINA.—(*Bajo*) ¿De veras está usted sola en su habitación?

PALOMA.—(*Indignadísima*) ¡Y dale!! (*Casi llorando*) Pero, ¿por quién me ha tomado usted?

*(Y, dando un portazo, se mete, desconsolada, en su habitación. Muy furiosa, echa la llave en la cerradura y se vuelve a acostar. Paulina entra también en su cuarto. También va a echar la llave, pero se detiene... Sonríe. Se despoja de su bata y se vuelve a acostar. Ahora regresa Jerónimo por el pasillo. Viene muy enfadado)*

JERÓN.—Ya sabía yo que no me equivocaba... ¡Estoy seguro de que se trata de una confusión! ¡Es intolerable!

*(Empuja de nuevo la puerta de Paulina y entra, con decisión. Se repite el juego anterior. Paulina grita, con espanto, entre las sábanas...)*

PAULINA.—¡Socorro!

*(Aparece Remedios en el pasillo, portadora de una bandejita con el servicio de té para Paloma. Al oír el grito de Paulina se inmoviliza, aterrada, en medio del pasillo)*

REMEDIOS.—¡Ay!

JERÓN.—¡Chiss! ¡Chiss!

PAULINA.—¡Socorro! (*Paulina, en la cama está sofocadísima, cubriéndose con las sábanas toda la cabeza*) ¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí? ¡Soco...!

JERÓN.—¡No! ¡No grite, por favor! Se lo explicaré todo.

PAULINA.—¡No se acerque! ¡No me toque! ¡Yo soy una mujer decente! ¡Tío Fabián!

*(Remedios se estremece y sale corriendo por el fondo con su servicio de té)*

JERÓN.—Por todos los santos, señorita.

PAULINA.—¡No me mire! ¡Vuélvase de espaldas!

*(Jerónimo se vuelve de espaldas a la cama)*

JERÓN.—Sí, señorita. Como usted quiera. Pero le aseguro que está usted equivocada. Todo esto es un error de la dirección. Yo ahora solo quiero recuperar una maleta...

PAULINA.—¿Una maleta?

JERÓN.—Sí, señorita. Una maleta.

PAULINA.—¿Se refiere usted a la maleta de Jerónimo?

JERÓN.—Eso es...

PAULINA.—(*Mirándole de arriba abajo, disgustadísima*) Supongo que no será usted Jerónimo...

JERÓN.—(*Risueño*) ¿Eh? No, claro que no... Ha acertado usted. Yo no soy Jerónimo. Yo... soy su criado.

PAULINA.—(*Respira*) ¡Me lo figuré!

JERÓN.—¡Caramba! (*Disgustadísimo*) ¿Y por qué se lo figuraba la señorita?

PAULINA.—(*Naturalísima*) Hombre, porque no va a usted a ser Jerónimo...

JERÓN.—¡Ah!

PAULINA.—Además, qué sé yo. Tiene usted cierto aire...

JERÓN.—(*Casi en un salto*) ¿De veras? Es usted muy amable, señorita. Ya lo creo. (*Indignado*) Bueno. ¿Dónde está la maleta?

PAULINA.—En el cuarto de baño. (*Jerónimo entra en el cuarto de baño. Paulina se lanza fuera de la cama y se cubre con su bata. Se sienta en el borde de la cama frente al público, pero vigilando cuidadosamente y espera. Vuelve Jerónimo muy despacito, con la maleta en la mano, y se dirige a la puerta de salida al pasillo. Mientras Paloma, en su cuarto, quieta, como durmiendo*) Espere. Hace un momento se cayeron de la maleta estas fotografías.

JERÓN.—(*Sonríe*) ¡Ah!

PAULINA.—(*Un poco azorada*) Tómelas. Pero no creerá usted que yo he registrado la maleta de su señor.

JERÓN.—¡Oh, no! Ya se sabe que de las maletas siempre se caen estas cosas... (*Ahora tiene los tres retratos en la mano. Los mira y sonrío*) Es curioso que aún estén aquí. El señor creía que estos retratos se habían quedado en Madrid.

PAULINA.—¿Conoce usted a estas mujeres?

JERÓN.—¡Anda! Muchísimo. Tanto como el señor.

PAULINA.—Y... ¿cómo son?

JERÓN.—Las tres eran muy distintas. Pero las tres eran bonitas y alegres y las tres tenían una mentira predilecta. Las tres decían: «Te quiero? (*Suspira*) Las tres engañaban al señor.

PAULINA.—¡Qué poca vergüenza! Engañar a un hombre tan interesante como Jerónimo.

JERÓN.—(*Admiradísimo*) Pues ahí tiene usted. Por lo visto, de estas cosas no se libra nadie. (*Transición*) Pero, ¿está usted segura de que Jerónimo es un hombre interesante?

PAULINA.—¿Va usted a dudarlo?

JERÓN.—No, no. Yo en el fondo, no lo he dudado nunca. (*Transición*) ¿Y hace mucho tiempo que la señorita conoce al señor?

PAULINA.—(*Se ruboriza*) Realmente..., conocerle no le conozco. Pero no es necesario.

JERÓN.—¡Ah, ya!

PAULINA.—Sé lo bastante de él como para imaginármelo tal como es. Yo tengo mucha imaginación. Soy novelista.

JERÓN.—¡Ah, vamos! Ya decía yo.

PAULINA.—(*Con timidez*) ¿Quiere usted hablarme de Jerónimo?

(*Jerónimo avanza unos pasos. La mira. Ahora sonrío, divertido.  
Habla con una chispa de ternura en la voz*)

JERÓN.—Con mucho gusto... El señor es, ¿cómo le diría a la señorita? Es un soñador. Eso es todo. Es tan ambicioso, que se empeña en encontrar la felicidad. Por eso está en la ruina. Porque la felicidad está ahora carísima, señorita. Como la felicidad de los hombres la tienen las mujeres... (*Con un poco de lejana melancolía*) Figúrese... Ellas se han llevado en unos pocos años una verdadera fortuna.

PAULINA.—¡Qué frescas!

JERÓN.—Yo sé que eso para el señor no tiene gran importancia. Si eso dio por lo que sabía que era mentira, por un gran amor, hubiera dado la vida. Pero el

gran amor no ha llegado. (*Baja la cabeza, tristísimo*) El señor es de esa clase de hombres que no interesan a las mujeres. Jamás ha podido deslumbrar a ninguna. Nada, que no gusta. El señor no tiene ángel...

PAULINA.—(*Ofendida*) ¡Qué sabe usted!

JERÓN.—(*Involuntariamente contento*) ¿Usted cree?

PAULINA.—¡Qué poco conoce usted a Jerónimo!

JERÓN.—¿Eh? Bueno, me gustaría saber cómo se imagina la señorita al señor.

(*Paulina ríe, bajo, con rubor*)

PAULINA.—¡Oh! Ya le he dicho que a mí no me falla la imaginación...

JERÓN.—Es fabuloso, sencillamente fabuloso.

PAULINA.—Jerónimo es... (*Le mira de arriba abajo y tiene un irreprimible deseo de reír, que contiene*) Bueno, no sé si me atreveré.

JERÓN.—Diga, diga; puede usted hacer comparaciones. No me ofendo.

PAULINA.—Gracias. (*Sonríe*) Jerónimo es un hombre completamente diferente de usted.

JERÓN.—Eso, eso. Va usted muy bien.

PAULINA.—Usted no está mal, pero, claro, no se le puede comparar con Jerónimo.

JERÓN.—¡Claro!

PAULINA.—Él es tan alegre, tan fuerte, tan dominador...

JERÓN.—(*Boquiabierto*) Muchísimo.

PAULINA.—Tiene un aire irresistible. Parece que en cualquier momento va a conquistar el mundo.

(*Jerónimo la oye sobrecogido, pero con verdadera admiración*)

JERÓN.—Justo. Así es. Como si le conociera usted de toda la vida. Es sencillamente sorprendente. ¡Cuando el señor lo sepa!

PAULINA.—No..., eso no.

JERÓN.—¡Señorita!

PAULINA.—(*Con mucho miedo*) Él no debe saber nada. Ni siquiera que hemos hablado usted y yo. Eso desharía todos mis planes.

JERÓN.—(*Asustado*) ¿Sus planes?

PAULINA.—Sí. Supongo que a usted no le importará que yo forme mis planes respecto a Jerónimo...

JERÓN.—No, no... Por mí... Figúrese la señorita.



PAULINA.—Gracias. Y cálese. No quiero que él me confunda con una de esas lagartonas.

JERÓN.—Estoy seguro de que el señor no la confundiría. Él sabe que no hay más que dos clases de mujeres: las que tienen experiencia y las que tienen imaginación. La señorita solo tiene imaginación.

PAULINA.—¡Habla usted estupendamente!

JERÓN.—*(Modestamente)* ¡Pchs! Son muchos años al lado del señor... *(La mira y sonrío)* Sí, es mejor que el señor y la señorita no se conozcan nunca. Lo siento muchísimo por el pobre señor. Es una pena. Pero es mejor así. Buenas noches, señorita.

PAULINA.—Buenas noches.

*(Jerónimo la mira una vez más y sale definitivamente al pasillo. Allí se apoya contra la puerta, que él mismo ha cerrado, contempla su maleta y sonrío con una gran melancolía. Un leve intento de volver a entrar. Pero suspira, se aparta y, con un aire infinitamente triste, marcha muy despacio por el pasillo, hasta que desaparece por el fondo. Paulina mientras, risueña y feliz, se ha despojado de su bata, y, de nuevo acostada, mira al techo y sonrío. Por el lado opuesto en que desapareció Jerónimo, surgen apresuradamente Remedios, seguida de don Fabián. Este viene tremendo. Sobre el «pyjama» se ha puesto una larguísima bata y una bufanda al cuello y trae en la mano una pistola. Remedios lleva el servicio de té para Paloma)*

DON FABIÁN.—¿Dice usted que era la voz de un hombre?

REMED.—Sí, señor.

DON FABIÁN.—¿Dice usted que ella pidió socorro?

REMED.—¡Sí, señor!

DON FABIÁN.—*(Estentóreo)* ¡Paulina! ¿Dónde está ese miserable? ¿Dónde? *(Don Fabián pega una patada a la puerta de la derecha. Don Fabián, ya en la habitación de Paulina, se queda extático viendo que su sobrina sonrío felicísima)* ¡Paulina! ¿Qué ha sucedido?

PAULINA.—*(Dichosa, inefable, en su mundo)* Voy a darte una buena noticia, tío Fabián... ¡Ya he dejado de ser decente!

DON FABIÁN.—*(Un brinco)* ¿Eh? ¿Qué has hecho? ¡Insensata! ¡¡Repite eso...!!

PAULINA.—¡Aaay!

DON FABIÁN.—¡La mato! *(Don Fabián, desesperado, apunta con la pistola a todas partes)* ¡Maldita sea mi estampa!



*(Suena un redoble de tambor mezclado con los tremendos alaridos de una trompeta. Paloma se lanza del lecho, abre la puerta y sale al pasillo, gritando. Don Fabián, anonadado, desesperado ya, empieza a dar puntapiés a todos los muebles y a gritar, en el colmo de la indignación)*

PALOMA.—¡Socorro! ¡Socorro!

PAULINA.—¡¡Aaaayyy!! ¡Tío Fabián! ¡¡Socorro!!

DON FABIÁN.—¡Fuego! ¡Fuego! ¡¡Fuego!!

*(Remedios, en el centro del pasillo, con el servicio de té en la mano, se dirige a las dos habitaciones, cuyas puertas están abiertas)*

REMEDIOS.—¡Ay! No se asusten... Es que me olvidé de advertirles que en el hotel hay un niño un poco loco que, de vez en cuando, toca el tambor. Pero es muy rico... Se llama Carlitos.

*(El tambor y la trompeta redoblan otra vez de un modo morrocotudo)*

TELÓN

## ACTO II

El estudio de Paulina Jordán en una elegante casa madrileña. Es una estancia clara, muy risueña, muy femenina. Al fondo, a un lado, gran mirador con hojas abiertas de par en par, que sobresale en la fachada como una pequeña terraza.<sup>6</sup> Al otro lado, puerta de entrada desde el «hall». La terracita aparece graciosamente decorada con su balaustrada al fondo, con algunas flores, y la gracia de color de un toldo a rayas verdes y blancas. Entra un sol de tarde muy alegre, y se ve un trozo de cielo azul limpio y radiante. En el lateral de la derecha dos puertas que dan paso al interior del piso. A la izquierda, toda la pared cubierta de libros, hasta el techo, y delante una mesa de trabajo llena de libros, de papeles y de flores. Pocos muebles, pero muy delicados, muy originales. Un gran sofá. Cerca, un sillón de orejas. Una moderna gramola. Un teléfono gramola. Un teléfono. Muchas flores.

*(Al levantarse el telón, la escena está sola. Se oye un rumor de voces, y entra Remedios, que trata de impedir el paso a Valdés y a Cándido. Estos son dos periodistas jóvenes, de buen aspecto. Valdés es desenvuelto, sonriente, casi deportivo. Cándido es muy joven, muy tímido. Remedios verdaderamente ha cambiado un poco. Viste de oscuro, con cierta severidad. Es ahora el ama de llaves de Paulina Jordán)*

REMEDIOS.—¡No, no y no! He dicho que no...

VALDÉS.—Vamos, vamos.

REMEDIOS.—Le digo que la señorita Paulina llegará cansadísima del avión... Vuelvan mañana.

VALDÉS.—¡Quia! Mañana habrá pasado la hora sagrada de la actualidad. *(Gentilmente)* Siéntate, Cándido.

*(Cándido, dócil, se sienta)*

---

6 Típica arquitectura de las viviendas madrileñas de Luis Gutiérrez Soto (1890-1977).

REMEDI.—¡No! ¡No se siente usted! (*Cándido, asustado, se levanta*) Les aseguro que la señorita Paulina me regañaría muchísimo...

VALDÉS.—(*Sonríe*) No importa. Ya se sabe que los periodistas tenemos el corazón muy duro... Siéntate, Cándido. (*Y, definitivamente, se sientan los dos en el sofá. Suena el timbre del teléfono*) Atienda el teléfono, señora. Por nosotros, no se preocupe. Como si fuéramos de confianza...

REMEDI.—¡Ay, Señor! No hay remedio...

(*Remedios acude al teléfono. Cándido habla muy bajito al oído de Valdés*)

CÁNDIDO.—De manera que este es el estudio de la célebre Paulina Jordán...

VALDÉS.—Sí. ¿Te gusta?

CÁNDIDO.—¡Precioso! (*Suspira*) ¡Qué mujer!

REMEDI.—(*Al teléfono*) Diga. Sí, sí, señor. Aquí el ama de llaves de la señorita Paulina... No, no, señor. Acabo de telefonar a la «Iberia» y me han dicho que el avión de Nueva York, donde viaja la señorita, llegará a Barajas dentro de unos minutos. (*Muy contenta*) ¡Ay, sí, señor! El aeródromo está lleno de público para esperar a la señorita... Muchísima gente. Y periodistas. Y fotógrafos. Y el Nodo.<sup>7</sup> Este viaje de la señorita a Hollywood ha sido sensacional. Como desde que pasó lo que pasó, la señorita es tan popular...

CÁNDIDO.—(*Bajo*) Y, ¿es verdad todo lo que dicen de ella?

VALDÉS.—¡Uf! ¡Si estas paredes hablaran...!

CÁNDIDO.—(*Se estremece púdicamente*) ¡Qué horror!

REMEDI.—(*Al teléfono*) Sí, señor. Llame más tarde, por favor. (*Cuelga el auricular*) Un periodista inglés. Quiere una interviú con la señorita, como ustedes. (*Suspira*) ¡Ay! Desde que la señorita es tan famosa, esto no es vivir...

CÁNDIDO.—¿De veras?

REMEDI.—¡Oh! Cartas, interviús, ramos de flores, peticiones de autógrafos... ¡La locura!

VALDÉS.—Y, ¿a qué atribuye usted este éxito fulminante, este éxito repentino de Paulina Jordán?

REMEDI.—Es muy sencillo. (*Tan campante*) Como la señorita ha dejado de ser decente...

<sup>7</sup> *Nodo*: «Noticias y Documentales» (No-Do) de proyección obligatoria en todos los cines españoles durante el período franquista. Véase Rafael R. Tranche. *No-Do: el tiempo y la memoria* (8.ª ed. Madrid: Cátedra, 2006).

*(Cándido, alarmadísimo, se pone en pie muy ruborizado)*

CÁNDIDO.—¡¡Dios mío!! ¡Y lo dice tan tranquila!

VALDÉS.—¡Hombre, Cándido!

REMEDI.—*(Atónita)* ¡Anda! Pero, ¿quién es este señor, que no se ha enterado todavía?

VALDÉS.—Discúlpele, mujer. El muchacho acaba de llegar de Zamora para aprender el oficio y aún no está al corriente de las cosas de Madrid.

REMEDI.—*(Piadosa)* ¡Ah, vamos! El pobre...

VALDÉS.—*(Muy severo)* ¡Cándido, que estás en Madrid! ¡¡Siéntate!! Y no te pongas colorado...

CÁNDIDO.—*(Avergonzado)* Sí, señor. Usted perdone.

*(Por el fondo, entra la Doncella. Es una muchacha joven, de uniforme)*

DONCELLA.—Con permiso. Remedios, en el vestíbulo hay una señorita que dice que ha ido al colegio con la señorita Paulina. Está muy emocionada por el éxito de la señorita y quiere abrazarla a su llegada...

REMEDI.—*(Enérgica)* ¡Despídela!

DONCELLA.—Dice que tiene derecho a ver a la señorita. ¡Como han ido juntas al colegio...!

REMEDI.—¡He dicho que la despidas! Estoy decidida a que la dejen descansar...

DONCELLA.—También hay dos muchachas empeñadas en esperar a la señorita Paulina para verla y para que les firme un autógrafo.

REMEDI.—Que esperen a la señorita en el portal y que la vean al pasar. El autógrafo lo firmaré yo.

DONCELLA.—Como usted mande.

*(Y sale. Valdés y Cándido se han levantado de un salto)*

VALDÉS.—*(Asombradísimo)* ¿Cómo? ¿Va usted a firmar un autógrafo de la señorita?

REMEDI.—*(Sencillamente)* ¡Anda! Sí, señor. Firmo sus autógrafos, contesto sus cartas... Y lo paso muy bien. Sobre todo cuando contesto esas cartas de los que leen una novela de la señorita y se enamoran de ella...

VALDÉS.—¡Ah, sí! Y, ¿qué les dice usted?

REMEDI.—¡Pchs! Les doy esperanzas... Nunca sabe una lo que puede pasar.

*(Ha entrado de nuevo la Doncella, y ha puesto sobre la mesa, ante Remedios, que está soberanamente sentada, un álbum de autógrafos. Luego se vuelve a marchar)*

CÁNDIDO.—*(Aterrado)* Pero, ¡ide qué cosas se entera uno en Madrid!...

VALDÉS.—Oiga, oiga. ¿Y qué escribe usted ahí?

REMEDI.—Una frase de la señorita. ¡Sé de memoria todas sus novelas! Como se trata de dos muchachas, he puesto una frase para menores... Mire. *(Y lee)* «El amor y la moral son cosas que solo van juntas por compromiso... Paulina Jordán». ¿Qué le parece?

VALDÉS.—¡Qué barbaridad!

CÁNDIDO.—*(Estremeciéndose)* ¡Y dice que es para menores!

REMEDI.—*(Muy fina)* ¿Quieren ustedes que les dedique un retrato de la señorita?

CÁNDIDO.—¡No!!

VALDÉS.—¡No! Muchas gracias. Es usted muy amable. Lo que quisiéramos, para adelantar la interviú, es hacerle a usted unas preguntas sobre Paulina Jordán...

REMEDI.—*(Con cierto hastío)* Bueno. Pregunte lo que quiera. ¡Está una tan acostumbrada! ¡Como todos los periodistas preguntan lo mismo!...

VALDÉS.—¡Ah! ¿Sí? Bueno. Esta ama de llaves es un tesoro. Venga usted aquí. Siéntese.

REMEDI.—*(Prudente)* ¿El señor cree que es correcto?

CÁNDIDO.—Sí, mujer. No se preocupe.

REMEDI.—Entonces, con su permiso.

*(Avanza y se sienta delicadamente entre los dos en el sofá. Cándido saca un pequeño bloc y una estilográfica y apunta)*

VALDÉS.—Diga usted... ¿Hace mucho tiempo que está usted al servicio de Paulina Jordán?

REMEDI.—*(Suspira)* ¡Ay! Un año. Nos conocimos en el campo, en el Hotel de las Termas, donde yo servía de camarera. La señorita vivía tan sola en esta casa... Yo me despedí del hotel y vine aquí, para servir a la señorita. Desde entonces he sido como una madre para la señorita. Y ella...

CÁNDIDO.—¿Qué?

VALDÉS.—Sí, sí. Hablemos de ella, por favor.

REMEDI.—La pobre señorita iba por muy mal camino: era decentísima. Y ya saben ustedes que la decencia es una manía que perjudica mucho a las mujeres. La

señorita Paulina era tan decente, tan decente, que no llamaba la atención, y sus libros no le interesaban a nadie...

VALDÉS.—Siga...

CÁNDIDO.—(*Curiosísimo*) Sí, sí.

REMEDI.—Pero todo cambió allí aquella primera noche de su llegada al Hotel de las Termas. (*Sonríe*) Aquella noche tuvo la señorita su gran aventura.

CÁNDIDO.—(*Nerviosísimo*) ¿Una aventura?

REMEDI.—¡Sí! Aquella noche descubrió a un hombre maravilloso: Jerónimo.

CÁNDIDO.—¿Jerónimo?

VALDÉS.—(*Suspira y asiente*) ¡Jerónimo!

REMEDI.—Fue un chispazo. Apenas se vieron cayeron uno en brazos del otro... ¡Jerónimo y la señorita se amaron locamente!

CÁNDIDO.—¡Aaaaah!

REMEDI.—Jerónimo es tan alegre, tan seductor. Es uno de esos hombres que vuelven locas a las mujeres y van por la vida de triunfo en triunfo. Además, tiene muchísimos millones. (*Suspira*) Lo que se dice un hombre imponente.

CÁNDIDO.—¿Lo conoce usted?

REMEDI.—¡Ca! A Jerónimo no lo conoce nadie más que la señorita...

CÁNDIDO.—¡Ah!

REMEDI.—Todas las noches llega Jerónimo a esta casa con un ramo de rosas... La señorita le abre la puerta cuando llega y le despide cuando se va. A nosotras nos prohíbe salir de nuestro cuarto. Yo sé cuando está Jerónimo en esta habitación, porque desde mi alcoba oigo en esa gramola el vals de «La viuda alegre», que es la música que más le gusta...

VALDÉS.—¿Oyes Cándido? ¡Cuando decía que si estas paredes hablaran!...

REMEDI.—(*Ruborizada*) ¡Figúrese usted!...

CÁNDIDO.—(*Muy apurado*) Yo estoy más violento...

REMEDI.—Naturalmente, esto ha sido el escándalo de todo Madrid. La noticia de que la señorita tenía un amante corrió como la pólvora. Como la señorita Paulina no estaba acostumbrada a tener amantes, pues la pobrecilla se lo contaba a todo el mundo. Es más inocente... El caso es que cuando la señorita Paulina escribió esa novela que se llama «Jerónimo», el público se la quitaba de las manos... Los críticos, que son muy listos, dijeron que se ve en seguida que es una novela vivida. Se han vendido millares de ejemplares. La señorita Paulina ya es la escritora más famosa de España. La han llamado desde Hollywood, porque van a hacer allí una película con la novela de la señorita, que es la historia de Jerónimo y de la señorita. El nombre de Jerónimo es ya tan popular como la señorita. Con decirles a ustedes que todo el que viene

a esta casa deja recuerdos para Jerónimo. Y hasta recibimos postales el día de su santo...

CÁNDIDO.—¡Hay que ver! ¡Y en Zamora que no saben nada!

*(Valdés se ha levantado y pasea ahora por la estancia)*

VALDÉS.—Es fantástico. Y así, hasta hoy, que regresa Paulina Jordán de su triunfal viaje a Hollywood... A estas horas, en el aeródromo de Barajas hay una muchedumbre de admiradores esperando la llegada de la famosa novelista... Y hace un año nadie conocía a una escritora fracasada que se llamaba Paulina Jordán. Y todo, ¿por qué? Sencillamente, porque ha dejado de ser una pobre muchacha inofensiva y se ha convertido en una mujer que da que hablar... ¿Qué te parece?

REMEDI.—Es lo que dice a veces la señorita: si yo hubiera sabido que lo que la gente quería era que yo tuviese un amante como Jerónimo, lo hubiera tenido muchísimo antes...

VALDÉS.—*(Indignadísimo)* ¡Y mientras uno escribiendo artículos a treinta duros toda la vida!

REMEDI.—¡Ah, claro! *(Compasiva)* Ustedes, los hombres, como nunca dejan de ser decentes, por muy sinvergüenzas que sean... ¡Pobrecillos, me dan una lástima!

CÁNDIDO.—*(Sobrecogido)* ¡Qué barbaridad! ¡Pero qué barbaridad!

*(Suena el teléfono. Remedios, que estaba cerca, lo toma)*

REMEDI.—¡Diga! No, no, señor... Aún no ha llegado la señorita. Muchas gracias, señor. *(Cuelga y explica)* Es de la embajada de una república sudamericana. No sé de cuál... Dicen que felicitan a la señorita por su éxito, y que ellos siempre están pensando en la madre patria.

VALDÉS.—¡Toma!

*(Aparece Paloma en el fondo. Presurosa, inquieta, algo le sucede. Viene vestida de calle, muy elegante)*

PALOMA.—¡Remedios! ¡Oh, perdón! Buenas tardes.

*(Valdés y Cándido se levantan. Remedios acude solícita al lado de Paloma)*

REMEDIOS.—¡Señora!

PALOMA.—(*Muy azorada*) Creí... creí que estabas sola. ¿No ha llegado Paulina todavía? ¿No? Entonces la esperaré en el gabinete. ¡Necesito verla inmediatamente! Quiero que me ayude, que me aconseje. ¡Ay, Remedios, qué desgraciada soy!

REMEDIOS.—No diga más la señora. El marido de la señora que ha vuelto a engañar a la señora. (*Suspira*) ¡Es un barbián!

PALOMA.—¡Quia! Eso no tendría importancia. Como ya estoy acostumbrada... Lo que ocurre ahora es mucho más grave. Es gravísimo, Remedios. Porque mi marido, pobrecito mío, mi marido no está acostumbrado...

REMEDIOS.—¡Señora!!

PALOMA.—¿Qué va a pasar, Dios mío? ¿Qué va a pasar?

*(Y sale desconsoladísima por una de las puertas de la derecha.  
Remedios se queda de una pieza)*

REMEDIOS.—¡Señora!! (*Transición. Se vuelve*) Ustedes perdonen. Es la señora de Montiel. También conoció a la señorita en el Hotel de las Termas. Desde entonces son muy buenas amigas.

VALDÉS.—¿Le sucede algo?

REMEDIOS.—Siempre le sucede lo mismo: que es muy desgraciada. Pero me parece que lo que le sucede hoy, no le había sucedido nunca...

*(Un rumor de voces fuera, en el vestíbulo. Y entra la Doncella muy sofocada)*

DONCELLA.—¡Ayúdeme usted, Remedios! ¡El vestíbulo está lleno de gente que, a todo trance, quiere esperar a la señorita!...

REMEDIOS.—¡Que esperen en la calle!

DONCELLA.—¡Pero si la calle está llena! Asómese.

REMEDIOS.—¡Ay! ¿Es posible?

*(Corren los cuatro a la terracita y se asoman a la calle)*

VALDÉS.—¡Qué manifestación!

CÁNDIDO.—¡Qué gentío!

REMEDIOS.—¡Cómo se va a emocionar la señorita! ¡Ay, qué alegría!



*(En la puerta del fondo aparecen, tímidamente primero, y con rotunda resolución después, una señora, doña María, y una muchacha, Martita)*

DOÑA MARÍA.—¡Chiss! ¡Chiss! Buenas tardes. ¿Cómo están ustedes? Pasa, hija mía.

DONCELLA.—Pero, señora...

REMEDI.—*(Indignada)* ¿Quién es esta señora?

DOÑA MARÍA.—*(Sobresaltada)* No se asuste. Soy doña María, la señora del entresuelo, la del notario. Y no me diga que me vaya, porque es inútil. Conque, chitón. Estoy decidida a conocer de cerca a Paulina Jordán. Me parece que tengo derecho. Resulta ridículo que una viva en la misma casa que una mujer tan célebre, y no sea amiga suya. ¿No es eso lo que tú dices, Martita?

MARTITA.—Sí, mamá.

DOÑA MARÍA.—Siéntate, hija. ¡Ay, qué éxito, qué éxito el de esa mujer! Yo estoy más emocionada... Acabo de oír por la radio las palabras que ha pronunciado al bajar del avión y se me han saltado las lágrimas.

REMEDI.—¿Ya ha llegado?

DOÑA MARÍA.—Hace un ratito.

DONCELLA.—*(Palmotea)* ¡Viva la señorita!

TODOS.—¡Viva!

*(Una Señorita, muy recatada, bien vestida, asoma con timidez, por el fondo)*

SEÑORITA.—Buenas tardes.

DONCELLA.—¡La del colegio!

SEÑORITA.—Yo quiero ver a Paulina...

REMEDI.—¡Imposible! Haga usted el favor de salir.

SEÑORITA.—*(Llorosa)* Pero si Paulina y yo hemos ido juntas al colegio...

REMEDI.—*(Muy enfadada)* ¡No tiene nada de particular! Hay muchísimas señoritas que han ido al colegio con la señorita Paulina... ¿No creen ustedes?

DOÑA MARÍA.—¡Naturalmente! No es para darse importancia...

SEÑORITA.—Pero, ¿es que no me van a dejar verla? ¡Dios mío! Pero si nos conocemos desde niñas. Pero si hemos ido juntas al colegio...

DONCELLA.—Señorita, por favor.

*(La toma del brazo y se la lleva por el fondo)*

DOÑA MARÍA.—(*Indignada*) La verdad es que hay gente entrometida, ¿verdad, hija mía?

(*Un clamor de voces en la calle. Valdés, en la terraza, grita mirando hacia abajo*)

VALDÉS.—¡Ya está aquí!

(*Remedios corre a la terraza, llena de entusiasmo. Doña María y Martita la siguen*)

REMEDIOS.—¡Señorita! ¡Señorita Paulina!

VALDÉS.—¡No puede pasar el coche!

MARTITA.—¡Ay, mamá! ¡Ay, mamá!

CÁNDIDO.—Ya, ya baja.

REMEDIOS.—(*Indignada*) ¡La van a estrujar! (*A gritos*) ¡Señorita! ¡Cuidado, señorita!

VALDÉS.—¡Ya entró en el portal!

REMEDIOS.—¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí!

(*Vuelven todos en grupo a la sala y salen corriendo. Valdés, Cándido y Remedios. Doña María y Martita quedan solas en escena*)

MARTITA.—Mamá. ¿No crees tú que es un poco atrevido esto de presentarnos aquí?

DOÑA MARÍA.—Tú, déjame a mí. Estoy dispuesta a comprobar si esta mujer es tan desvergonzada como dicen. Por lo pronto, la casa no me gusta nada...

(*Martita mira encantada alrededor*)

MARTITA.—¡Ay, mamá! ¡Pero si es preciosa!

DOÑA MARÍA.—Demasiado frívola. Y luego, esto de que haya flores por todas partes es muy sospechoso, la verdad.

(*Surge por una de las puertas laterales del interior la Señorita que fue al colegio con Paloma. Viene ahora muy contenta*)

SEÑORITA.—Por fin, me he podido escabullir. Tengo unas ganas de verla. Saben ustedes, como hemos ido juntas al colegio...

DOÑA MARÍA.—(*Soberana*) ¡Largo!

SEÑORITA.—Pero, señora...

DOÑA MARÍA.—¡A la calle! Aunque usted crea que se va a aprovechar porque la casa está sola, no está sola. ¡Estoy yo!

MARTITA.—¡Ay, mamá!

SEÑORITA.—(*Llora a lágrima viva*) Nada, les digo que he ido al colegio con Paulina y como si no... ¡Ay, Dios mío!

(*Se va por donde ha venido, llorando a lágrima viva*)

DOÑA MARÍA.—¡No soporto esta gente que se mete donde no la llaman!

(*Fuera un alborozado rumor de voces en el vestíbulo. Se oye entre ellas la voz de Paulina*)

VOZ DE PAULINA.—Gracias. Muchas gracias. ¡Por favor! ¡Muchas gracias a todos!

(*Y aparece en el fondo Paulina Jordán. Viene risueña, triunfal, estremecida de emoción, con su traje de viaje y un gran ramo de flores en las manos. La vienen rodeando Remedios, la Doncella, Valdés y Cándido*)

PAULINA.—Sí, sí... Muchas gracias a todos.

REMED.—¿No me da un beso la señorita?

PAULINA.—(*Ríe*) Sí, mujer. ¡Muchos!

DONCELLA.—¿Y a mí?

PAULINA.—¡Claro que sí! Todos los besos que queráis. En el aeródromo me ha besado medio Madrid. (*Ingenuamente*) Claro que ya estoy acostumbrada...

TODOS.—¿Eh?

PAULINA.—Como vengo de América...

TODOS.—¡Ah!

VALDÉS.—¡Viva Paulina Jordán!

PAULINA.—Muchas gracias, Valdés. Usted siempre tan simpático. Quiere usted un interviú, como si lo viera. ¡Ah! ¿Y este señor?

VALDÉS.—Un nuevo compañero. ¡Saluda, Cándido!

CÁNDIDO.—Sí, señorita. Para servirla.

PAULINA.—Encantada. Todos ustedes son muy buenos conmigo. Estoy verdaderamente emocionada. Creo que tengo ganas de llorar...

(Doña María avanza hacia ella emocionadísima)

DOÑA MARÍA.—¡Pobre hija mía!

PAULINA.—(Asustada) ¡Señora!

DOÑA MARÍA.—Llore usted si lo necesita. Pero en mis brazos. Pobrecita, pobrecita.

PAULINA.—¡Señora!

DOÑA MARÍA.—(Transición; alegrísima) ¿No me conoce usted? Soy la señora del entresuelo. Mi hija y yo queremos que una noche baje usted a cenar con nosotras. ¡No me diga que no! Ya sé; ya sé que nosotras no somos de su mundo. Pobres de nosotras, tan anticuadas. Las mujeres como usted, las escritoras, las artistas son de otro modo. No les importa la sociedad, no tienen prejuicios, viven una vida tan libre...

MARTITA.—(En un ímpetu) ¡Cómo me gustaría ser escritora!

DOÑA MARÍA.—¡Silencio, niña!

PAULINA.—Muchas gracias, señora. Es usted muy amable. Pepita, por favor. Prepara en el salón unas botellas de jerez y unos «sanwich». Estos señores me acompañarán...

DONCELLA.—En seguida, señorita.

(Sale. Valdés, que está cerca de la terraza, llama a Paulina,)

VALDÉS.—(Riendo) Paulina, debe usted salir a la terraza y saludar a ese gentío. Que la vean. Por lo visto están dispuestos a no irse.

PAULINA.—¿Es posible?

(Paulina se lanza al balcón, seguida de Paulina, de Cándido y de Valdés. Se oye una nueva salva de aplausos. Paulina alza la mano y saluda varias veces)

MARTITA.—Y a mí que me parece una infeliz.

DOÑA MARÍA.—¡Huy! No te fíes. Estas mujeres engañan a cualquiera.

(Vuelven de la terraza Paulina, Remedios, Valdés y Cándido. Paulina tiene un dulce y dichoso cansancio. Todos la rodean)

PAULINA.—¡Ay!

REMEDIOS.—¿Está contenta la señorita?

PAULINA.—Contenta es poco... (*Sonríe*) Nunca olvidaré el aeródromo de Barajas lleno de gente. Y esta calle. Todo esto es fantástico, sencillamente fantástico. Es la fama. Lo que yo quería. El sueño de toda mi vida.

VALDÉS.—¿La ha gustado a usted Hollywood?

PAULINA.—¡Oh! Muchísimo....

CÁNDIDO.—(*Muy tímido*) ¿Le... le han hecho a usted el amor?

PAULINA.—(*Se ruboriza un poco*) Sí. Esos americanos son terribles. Y claro, como tengo esta fama...

MARTITA.—¿Ha conocido usted a muchas estrellas?

PAULINA.—Sí. Pero no vaya usted a creer. ¡Pchs!... De cerca, nada. Son muy poquita cosa.

VALDÉS.—¿Ha estado usted en Méjico?

PAULINA.—No, por Dios. Yo no hago nada de lo que hace todo el mundo...

CÁNDIDO.—¿Quién va a hacer en la película el papel de Jerónimo?

PAULINA.—¡Melvyn Douglas!<sup>8</sup>

Todos.—(*Admirados*) ¡Ah!

PAULINA.—(*Con algún pesar*) No llega a Jerónimo, claro. Pero es el que más se le parece...

MARTITA.—¿De verdad? ¡Mamá, yo quiero conocer a Jerónimo!

DOÑA MARÍA.—¡Niña!

*(Durante el diálogo anterior, Paulina se fue despojando de su chaqueta, de su sombrero, de sus guantes, de sus flores, etc. etc. Ahora se sienta frente al público, en su gran sillón de orejas. La rodean Cándido, Valdés y Remedios. Doña María y Martita están un poco separadas)*

PAULINA.—Ay... Qué cansada estoy. Pero qué feliz me siento de nuevo en mi casa. (*Suspira*) ¡Otra vez en mi rincón!

VALDÉS.—(*Nostálgico*) ¡El rincón de Jerónimo!

PAULINA.—(*Muy ruborizada*) Por Dios, Valdés, no sea usted indiscreto...

DOÑA MARÍA.—(*Sin poderse contener*) Pero, hija mía, si lo sabe todo el mundo...

PAULINA.—(*Contentísima*) ¿Usted cree?

REMEDI.—¡Sí, señorita! Puede usted estar tranquila.

CÁNDIDO.—(*Con un escalofrío*) ¡Dice que puede estar tranquila!

<sup>8</sup> *Melvyn Douglas* (1901-1981): actor estadounidense ganador del premio Óscar. Cuando se estrenó esta comedia estaba a punto de iniciar una etapa difícil por las acusaciones del Comité de Actividades Antinorteamericanas; pero de estos temas nada se sabía en aquella España.

VALDÉS.—Paulina, todos estamos llenos de curiosidad. La gente cuenta y cuenta de ese hombre extraordinario que usted sola conoce. Paulina, si quisiera usted hablarnos de Jerónimo...

PAULINA.—(*Sonríe muy dichosa*) ¿Por qué no?

(*Todos, curiosísimos, anhelantes, se acercan y la rodean*)

TODOS.—¡¡Oh!!

MARTITA.—¡Mamá! ¡Qué va a hablar de Jerónimo!

CÁNDIDO.—Yo tengo una curiosidad...

PAULINA.—(*Dulcemente soñadora*) No hay otro como él. Jerónimo...

(*En la puerta del fondo, con mucha timidez, aparece Jerónimo. Viste un guardapolvo blanco, con cuello azul, de chofer de taxi; con gorra de plato, que, muy correcto, se quita al entrar*)

JERÓN.—¿Se puede?

(*Todos se enojan por la interrupción. Paulina se pone en pie y se encara disgustadísimamente con el recién llegado*)

TODOS.—¿Eh?

VALDÉS.—(*Indignadísimo*) ¡Hombre!

CÁNDIDO.—¡Qué oportunidad!

MARTITA.—¡Ahora que íbamos a saber quién es Jerónimo!

PAULINA.—(*Mirándole de arriba abajo*) ¡Remedios!

REMEDIOS.—¡Señorita!

PAULINA.—¿Quién es este individuo?

(*En este momento irrumpe la Doncella por el fondo*)

DONCELLA.—Perdone la señorita. Este hombre no ha querido esperar en el vestíbulo... Dice que es muy importante que hable con la señorita.

PAULINA.—(*Disgustadísima*) ¿Quién es usted?

(*Jerónimo, entretanto, sonriente y un poco azorado, da muchas vueltas a la gorra de plato que tiene entre las manos*)

MARTITA.—¡Un chofer! ¡Ay, qué divertido, mamá!

PAULINA.—¡Vamos! ¿Quiere usted explicarse de una vez?

JERÓN.—¡Je! Un momento... *(Se acerca a la puerta del fondo, se asoma y llama)*

Pasa, Domingo.

TODOS.—¿Cómo?

*(En la puerta del fondo aparece Domingo. Viste el mismo indumento que Jerónimo. No es preciso decir que el atavío de chofer no le ha hecho perder su dignidad y su señorío)*

DOMINGO.—Con permiso. Muy buenas tardes.

PAULINA.—*(Furiosa)* ¡Pepita! ¿Queda algún otro chofer en el recibimiento?

JERÓN.—Un poco de calma, por favor. Este es mi ayudante. Se llama Domingo.

*(Domingo saluda muy fino)*

VALDÉS.—*(Irónico)* Hombre, pues mucho gusto.

JERÓN.—No sé hacer nada sin él. Le llevo a todas partes.

DOMIN.—*(Casi emocionado)* El señor es muy amable.

CÁNDIDO.—¡Le ha llamado el «señor»!

VALDÉS.—Será un apodo. Esta gente se pone motes muy raros. Conozco a uno que le llaman el «marqués».

CÁNDIDO.—¡Ah, ya!

PAULINA.—*(Enfadadísima, da un puñetazo en la mesa)* ¡Basta! ¿Qué significa su presencia en esta casa? ¿Quiénes son ustedes? *(Jerónimo y Domingo se miran largamente)* ¿Qué quieren ustedes de mí?

JERÓN.—¡Je! Pues verá usted... Yo soy el chofer que ha traído a la señorita desde Barajas.

TODOS.—¡Ah!

JERÓN.—*(Sonriendo)* Nosotros estábamos con nuestro taxi en el aeródromo de Barajas cuando aterrizó el avión de la señorita. ¡Fue un momento tan emocionante! ¿Te acuerdas, Domingo?

DOMIN.—¡No se me olvidará nunca!

PAULINA.—¡Ah! ¿Sí?

JERÓN.—La gente empezó a aplaudir y a aplaudir. *(Sonríe)* Nosotros también aplaudimos. ¿No fue así, Domingo?

DOMIN.—Sí, señor. ¡Y cómo aplaudíamos!

PAULINA.—¿Es verdad? *(Sonríe)* ¿Sabes, Remedios, que esta gente es muy simpática?

(Sale la Doncella)

JERÓN.—De pronto, la señorita se acercó a nuestro taxi, abrió la portezuela y entró... Domingo y yo nos emocionamos muchísimo.

PAULINA.—¿De veras? Pobrecillos...

JERÓN.—¡Digo! La señorita pudo tomar cualquier otro taxi y, sin embargo, tomó el nuestro... ¿No íbamos a emocionarnos?

DOMIN.—Al señor se le saltaron las lágrimas...

PAULINA.—¿Es cierto? ¿Lloró usted?

JERÓN.—Sí, señorita. Yo soy un sentimental. No puedo olvidar que la señorita es una gloria nacional.

PAULINA.—(*Felicísima*) Hombre, tanto como una gloria nacional... ¿Usted cree?

JERÓN.—(*Indignado*) ¡Que si lo creo! ¿Oyes, Domingo?

DOMIN.—(*Muy enérgico*) La señorita es la primera gloria nacional... (*Mira, sereno, en torno*) ¿Quién dice que no?

TODOS.—¡No! ¡No! ¡Claro! ¡Es una gloria nacional!...

PAULINA.—Gracias, muchas gracias. Pero, por Dios, ¿qué hacen ustedes de pie?

REMED.—¡Señorita!

DOÑA MARÍA.—Yo estoy voladísima.

(Jerónimo y Domingo se sientan tranquilamente en el sofá. Los demás de pie)

JERÓN.—Muchas gracias. ¿No te dije, Domingo, que la señorita nos recibiría bien?

VALDÉS.—(*Admirado*) Pero, ¡qué par de sinvergüenzas!

PAULINA.—Un momento. ¿Usted y yo no nos hemos visto en algún sitio hace mucho tiempo?

JERÓN.—¡Quién sabe!

PAULINA.—Sí, sí. Ya está.

JERÓN.—(*Ilusionado*) ¿Me recuerda la señorita?

PAULINA.—¿Ha sido usted empleado de coches-cama?

JERÓN.—(*Molestísimo*) ¡No! No era yo, de verdad, señorita... Lo siento.

DOÑA MARÍA.—¡Bueno! Y ahora, que ya están ustedes cómodos, ¿nos dirán el objeto de su visita? Porque yo no puedo más...

JERÓN.—Sí, señora. Es muy sencillo. La señorita Paulina ha dejado olvidado en mi taxi este bolso...



(Y muestra un magnífico bolso, que hasta ahora había mantenido oculto)

TODOS.—¡Ah!!

PAULINA.—¡Mi bolso! ¿Has visto, Remedios?

MARTITA.—¡Su bolso!

REMEDIOS.—¡El bolso de la señorita!

JERÓN.—(Con dignidad) Ruego a la señorita examine el interior del bolso. Está todo. Hay una polvera de oro. Un billete de diez dólares. Quinientas pesetas.

PAULINA.—Sí, sí... Justo.

JERÓN.—Un pitillera preciosa. Una postal de Greer Garson invitando a la señorita a pasar el fin de semana, y un telegrama de Sinclair Lewis, en el que llama a la señorita «Mi querida colega».

PAULINA.—Sí, sí... Todo. No falta nada.

DOMIN.—También hay dos fotografías. Una de Joe Louis y otra de la estatua de la Libertad.<sup>9</sup> Como quien dice, la historia de América...

DOÑA MARÍA.—(Indignada) Pero, ¿es que han registrado ustedes el bolso?

JERÓN.—Claro.

DOMIN.—¡Naturalmente!

DOÑA MARÍA.—¡Oh!

JERÓN.—Comprenda la señora que todos los días no se encuentra uno el bolso de una mujer como la señorita, que es una gloria nacional.

TODOS.—¡Ah! ¡Muy bien! ¡Muy bien!

VALDÉS.—¡Bravo!

PAULINA.—Muchas gracias. No sé qué decirles. No sé cómo agradecerles...

VALDÉS.—¡Es asombroso! Un bolso carísimo. ¡Y lo devuelven! ¡Qué generosidad! ¡Qué honradez! ¡Qué decencia! ¡Qué rasgo!! (Señalando a Jerónimo y a Domingo con aire de triunfo) ¡Este es el noble pueblo español!

JERÓN.—(Modestamente) Hombre, no hay que exagerar.

VALDÉS.—¡Miradlos! Ahí los tenéis. Han devuelto, sencillamente, lo que para ellos pudiera constituir una fortuna. ¡Y son dos miserables! (Jerónimo y Domingo, en el sofá, se miran) ¡Y son dos pobres diablos!!

DOMIN.—(Bajo) Le voy a dar a ese una bofetada...

9 Greer Garson (1905-1996): actriz inglesa que debutó en el cine norteamericano en 1939; de enorme popularidad en los años cuarenta. Sinclair Lewis (1885-1951): escritor norteamericano, Premio Nóbel de Literatura (1930). Joe Louis: boxeador norteamericano de los pesos pesados que, cuando se estrena la comedia, estaba a punto de retirarse (1951) tras una carrera iniciada en los años treinta, cuando se enfrentó al vasco Paulino Uzcundum, circunstancia que incrementó su popularidad en España.

JERÓN.—¡Quieto, Domingo!

VALDÉS.—¡Ah! Pero esto no quedará así, no. Gestos como este debe conocerlos todo el mundo. ¡Que lo sepa el Gobierno!

JERÓN.—¡No!

VALDÉS.—¡Que se les diga a los niños en las escuelas! ¡Pronto! Denme sus nombres y dos fotografías. Mi periódico lo publicará en primera plana. Ya tengo título: «Dos choferes ejemplares». ¿Qué tal?

JERÓN.—(*Muy enojado*) ¡Quiá! De eso, ni hablar. Y muchísimo menos la fotografía. Hay que ver qué cara de idiota saca uno en los periódicos cuando le retratan por honrado. Es un mal ejemplo para los niños.

DOMIN.—La honradez no es fotogénica...

PAULINA.—Yo no sé cómo recompensarles. Si me atreviera... ¿Querrían ustedes aceptar estas quinientas pesetas que había dentro del bolso?

*(Da un paso hacia ellos muy risueña, con los billetes en la mano. Jerónimo la mira largamente. Luego él y Domingo se vuelven a mirar)*

TODOS.—¡Oh!

JERÓN.—(*Muy triste*) ¡Quinientas pesetas, Domingo!

DOMIN.—¡Quinientas pesetas, señor!

PAULINA.—(*Tímidamente*) ¿Le he ofendido a usted?

JERÓN.—No, señorita. La señorita es muy espléndida. Pero nosotros esperábamos de la señorita algo de muchísimo más valor.

PAULINA.—(*Sonriendo*) Diga... ¿Qué esperan de mí?

JERÓN.—(*Sonríe, mientras la mira encantado*) Yo quiero de la señorita algo que guardaré toda mi vida como un tesoro. ¡Señorita! ¿Quiere usted firmarme este ejemplar de su novela «Jerónimo»?

*(Saca un libro del bolsillo de su guardapolvo y se lo entrega)*

PAULINA.—(*Gozosísima*) ¡Oh! ¿Lee usted mis novelas?

JERÓN.—¡Todas!! Pero, sobre todo, esta de «Jerónimo».

DOMIN.—Es la que le ha hecho más impresión.

JERÓN.—Es que la señorita escribe de un modo...

DOMIN.—¡Hay que ver cómo está pintado este hombre!

JERÓN.—La primera escena, cuando Jerónimo entra en la alcoba de la señorita, y la señorita cae en seguida en sus brazos..., es que se está viviendo. Dan ganas de llorar.

VALDÉS.—¡Y luego dicen que el pueblo no lee!

DOMIN.—Esa novela es para el señor como la Biblia para los ingleses. La lee a todas horas.

PAULINA.—*(Feliz)* ¿De verdad? ¿Hace usted eso con mi novela?

JERÓN.—¡Sí, señorita!

PAULINA.—¿Para qué?

JERÓN.—*(Muy serio)* Para aprender a conocerme a mí mismo...

VALDÉS.—¡Bravo!

CÁNDIDO.—¡Magnífico!

MARTITA.—¡Tiene una respuesta para todo!

DOMIN.—Si los señores supieran. Esa novela le ha hecho tanto efecto que...

JERÓN.—*(Bajo)* Domingo, que te pasas.

DOMIN.—Que muchas noches, cuando sueña, el pobre dice en voz alta: «¡Jerónimo soy yo!»

TODOS.—¡¡Oh!!

*(Todos ríen. Paulina da unos pasos hacia Jerónimo, le mira de arriba abajo y rompe a reír divertidísima)*

PAULINA.—¿Es verdad eso? ¿Sueña usted que usted es Jerónimo? ¡El pobre!... *(Ríe y se vuelve hacia los demás)* ¿No tiene gracia?

*(Todos miran a Jerónimo y, al unísono, rompen en una carcajada)*

TODOS.—¡Ay!

VALDÉS.—¡Muchísima!

CÁNDIDO.—¡Qué barbaridad!

MARTITA.—¡Ay, mamá, que se cree que es Jerónimo!

DOÑA MARÍA.—Calla, hija; pobrecito. ¡Hace diez años que no me reía así!

REMED.—*(Muerta de risa)* ¡Ay qué hombre! Pero qué hombre este... ¿Pues no dice que es Jerónimo?

MARTITA.—¡Vamos, es para morirse!

CÁNDIDO.—Estas cosas no pasan en Zamora... ¡Ay! ¡Ay!

VALDÉS.—*(Casi congestionado)* ¡Ay!

*(Todos ríen a la vez. Un tumulto de risas. Algunos se tienen que sentar en los sillones o en el sofá. Jerónimo y Domingo, muy serios, se miran con un tremendo desconsuelo)*

JERÓN.—¡Hay que ver qué gracia les ha hecho!

DOMIN.—*(Le da unos golpecitos en la espalda)* Valor, señor. ¡Un poco de valor!

*(Poco a poco han ido cesando las carcajadas. Doña María se seca las lágrimas)*

DOÑA MARÍA.—¡Nunca creí que pudiera reírme tanto!

PAULINA.—¡Ay! Ha sido realmente divertido...

DOÑA MARÍA.—¡¡Cuando lo sepa Jerónimo!!

TODOS.—¡Eso, eso! ¡Cuando lo sepa Jerónimo!

*(Vuelven a reír largamente. Jerónimo y Domingo se miran angustiadamente. Entra la Doncella)*

DONCELLA.—Con permiso de la señorita. Los «sanwichs» y el jerez están dispuestos.

PAULINA.—Vamos todos. Tomaremos una copa. *(La Doncella y Remedios salen delante)* ¿Le agrada, Valdés?

VALDÉS.—¡Soberbio! En marcha, Cándido.

PAULINA.—Usted, señora. Y la niña. Por aquí...

DOÑA MARÍA.—Sí, querida... *(Al salir)* ¿Sabes, hija mía, que en estas casas que no son decentes se pasa muy bien el rato?

MARTITA.—Sí, mamá. Como que eso lo he pensado yo muchas veces...

DOÑA MARÍA.—¡Niña!!

*(Salen las dos. Paulina se dirige a Jerónimo y a Domingo, muy sonriente)*

PAULINA.—Deme usted ese libro... Se lo firmaré encantada. Pero antes quiero que los dos tomen una copa de jerez con nosotros.

JERÓN.—¡Señorita!

PAULINA.—Supongo que no se negarán a aceptar esta pequeña recompensa.

DOMIN.—Un momento. Si hay champán, yo prefiero champán. *(Con digna nostalgia)* Es lo que yo he bebido siempre.

*(Paulina, Valdés y Cándido ríen)*

PAULINA.—¡Naturalmente!

VALDÉS.—Bueno. *(Ríe)* Dice que es lo que ha bebido siempre. Es un fresco...

CÁNDIDO.—(*Divertidísimo*) ¡Qué sinvergüenza!

VALDÉS.—¡Qué desahogo!

DOMIN.—Cuando yo digo que le voy a dar a uno una bofetada...

VALDÉS.—Venga usted con nosotros, hombre; venga usted... ¡Pero qué golfo más simpático!

*(Entre Valdés y Cándido se llevan a Domingo, dándole fuertes palmadas en la espalda. Quedan solos Paulina y Jerónimo. Él mira alrededor y sonrío. La mira a ella. Ella también le mira. Un pequeño silencio)*

PAULINA.—¿No entra usted?

JERÓN.—¡Je!

PAULINA.—(*Sonriendo*) ¿Qué está usted mirando?

JERÓN.—Miraba a la señorita. Miraba todo esto. Esta habitación tan bonita, que conozco tan bien.

PAULINA.—¿Qué dice?

JERÓN.—La describe usted maravillosamente en su novela...

PAULINA.—¡Ah, sí, es verdad!...

JERÓN.—Todo está igual. La terraza, la mesa, ese florero azul. El «Quijote» en el estante más alto... El sofá. Y este sillón. (*Él se acerca al sillón. Ella le ve hacer, sonriendo muy satisfecha*) Por la noche, entra Jerónimo y se sienta en este sillón. (*Se sienta. Paulina sonrío*) ¿Se sienta así?

PAULINA.—(*Divertida*) Hombre. (*Río*) Precisamente así... Se sienta con un poco más de gracia.

JERÓN.—¡Ah, de modo que Jerónimo se sienta con más gracia que yo! Claro, es natural. (*Sonriendo*) Me figuro qué feliz debe sentirse aquí Jerónimo, con usted arrodillada a sus pies, oyendo el vals de «La viuda alegre»... (*De pronto*) ¿Y después?

PAULINA.—(*Ruborizada*) Le diré. La pregunta no me parece delicada...

JERÓN.—(*Boquiabierto*) ¡Ah, ya! Perdone la señorita.

*(Se dirige hacia la puerta por donde salieron los demás. Ella le detiene)*

PAULINA.—¡Espere! Ya sé de qué le recuerdo.

JERÓN.—(*Con ilusión*) ¿De verdad?

PAULINA.—Sí. ¿Ha sido usted camarero del Bar Basque, en San Sebastián?

JERÓN.—¡No! *(Triste)* No se moleste señorita: no me recuerda. La señorita y yo no nos hemos visto nunca. ¡Nunca! De verdad, señorita.

*(Y sale. Sola, Paulina sonríe y se encoge de hombros. Sentada a la mesa, muy satisfecha, escribe algo en el libro de Jerónimo. Paloma, de puntillas, surge en el umbral de la otra puerta)*

PALOMA.—¡Chiss, chiss! ¡Paulina!

PAULINA.—*(Muy alegre)* ¡Paloma!

PALOMA.—¿Estás sola? Entonces...

*(Corren la una hacia la otra y, en el centro de la habitación, se besan y se abrazan)*

PAULINA.—Pero, iqu  bonita estás!...

PALOMA.—¿Te parece? Estaba deseando que volvieras de Hollywood. Tengo que decirte algo muy importante... ¿No nos oye nadie?

PAULINA.—Nadie. ¿Se trata de tu marido?

PALOMA.—*(Un moh n)* No, no, nada de eso... ¡El pobre! Hace tres días que no lo veo. Anoche me retir  tarde. Y hoy no he almorzado en casa.

PAULINA.—¿Qué no has almorzado en casa?

PALOMA.—Como lo oyes. Me encanta la comida del restaurante. Y luego, esas sobremesas del hogar son tan aburridas... *(Paloma se sienta en el sofá con mucho desenfado, muy desenvuelta, cruza una pierna sobre la otra. Paulina la observa con muchísima curiosidad)* ¿Me das un cigarrillo?

PAULINA.—Pero, ¿t  fumas?

PALOMA.—Ahora, sí. Desde hace unos días...

PAULINA.—Toma.

PALOMA.—Gracias. *(Una pausa. Paloma fuma y tose lastimosamente. Paulina no aparta los ojos de ella)* Paulina... Durante tu viaje a América han ocurrido muchas cosas. He cambiado mucho.

PAULINA.—Ya, ya.

PALOMA.—Voy a confiarte un secreto. Es algo muy íntimo, ¿sabes? *(Un silencio)* Paulina: itengo un amante!

*(Paulina se pone en pie, descompuesta y asustada)*

PAULINA.—¿Eh? ¿Qué has dicho? ¿Te has vuelto loca?

*(Paloma fuma tranquilamente)*

PALOMA.—No, no. Te aseguro que no.

PAULINA.—*(Espantada)* ¡Y lo dices así, tan tranquila!

PALOMA.—¡Pchs!... Entre nosotras...

PAULINA.—¡Paloma! Tener un amante es una cosa gravísima.

PALOMA.—*(Fuma y tose)* Ya lo sé. Como que estoy encantada...

PAULINA.—¡Paloma! *(Una transición. Se sienta otra vez, muy cerca de ella, en el sofá)* Oye, ¿y qué sensación produce tener un amante?

PALOMA.—Mujer... A ti, ¿qué voy a decirte?...

PAULINA.—¡Ay, es verdad! Es que a veces se me olvida.

PALOMA.—¿Qué te diré yo que no sepas?

PAULINA.—Calla, calla. ¿Qué es lo que no sabré yo?

*(Un silencio. Paloma sigue lanzando humo al espacio. Las dos se miran a veces y sonríen)*

PALOMA.—*(Soñadora)* Tener un amante es una sensación extraña y deliciosa. Como si una estuviera en peligro. ¿No crees?

PAULINA.—Desde luego. Tener un amante debe ser peligrosísimo. Figúrate la de tragedias que pasan por tener un amante. Piénsalo bien, Paloma. Puede ocurrir hasta un crimen pasional.

PALOMA.—*(Sonriendo)* Ca, no lo creas. Esas cosas solo pasan en el extrarradio, y como yo vivo en la calle Serrano...

PAULINA.—Eso es verdad. En el barrio de Salamanca los amantes están mejor educados. Por eso abundan más... *(Paulina la mira con los ojos muy abiertos. Admiradísima)* Pero, ¡lo que has aprendido, Paloma!...

PALOMA.—Ya te digo que he cambiado mucho.

*(Paulina se ha puesto en pie, se vuelve a sentar rápidamente al lado de Paloma)*

PAULINA.—*(Con miedo)* ¿Lo sabe tu marido?

PALOMA.—*(Muy natural)* Todavía, no. Pero supongo que se enterará en seguida...

PAULINA.—¡Paloma!

PALOMA.—Después de todo, tener un amante y que no lo sepa el marido, ¡pchs!, no merece la pena...

PAULINA.—*(Se levanta muy asustada y pasea por la habitación en torno al sofá, donde sigue sentada Paloma)* ¡Claro! No se me había ocurrido...



*(Paloma, de pronto, se yergue, furiosa)*

PALOMA.—¡Sí, lo sabrá! ¡Estoy deseando que lo sepa! Me gustaría ver qué cara pone cuando se entere. Él, que tanto se burla de esta mujercita tan decente y tan insignificante. ¡Él, que se siente tan seguro de mí! ¡Toma, miserable, golfo, sinvergüenza! ¡Para que aprendas!! *(Se vuelve a sentar. Paulina la sigue observando desde todas partes. Paloma vuelve otra vez a su tono frívolo y desvergonzado)* ¿Verdad, Paulina, que, después de todo, tener un amante no tiene tanta importancia como cree una antes de tenerlo? Pero, ¡isi es la cosa más natural!...

PAULINA.—Pero, Paloma. ¡Tú has perdido la moral!

PALOMA.—Bueno, supongo que tú, precisamente tú, no irás a reñirme...

PAULINA.—*(Azaradísima)* No, claro; figúrate, yo... Es que no sé lo que digo. Me has dado una sorpresa. Reconocerás que no es frecuente que una señora casada tenga un amante.

PALOMA.—¡Paulina! No seas del antiguo régimen.

PAULINA.—Bueno, quiero decir que no es normal que una señora tan decente como tú...

PALOMA.—*(Ufana)* Pero es que yo ya no soy tan decente.

PAULINA.—¡Ah! ¡Claro! *(Enérgica)* ¡Ni yo tampoco! ¿Qué has creído?

PALOMA.—¡Qué poca vergüenza tenemos, Paulina!

PAULINA.—Es verdad, poquísima...

*(Se miran las dos, y, suavemente, en una transición, bajan los ojos y miran al suelo, muy avergonzadas. Un silencio)*

PAULINA.—*(Curiosa)* Y... ¿cuándo empezó?

PALOMA.—Realmente, me enamoré de él hace un año.

PAULINA.—¡Un año! Es curioso.

PALOMA.—¿Qué?

PAULINA.—No, nada.

PALOMA.—Pero la aventura ha comenzado ahora...

*(Paulina, curiosísima, se sienta al lado de Paloma en el sofá)*

PAULINA.—Y..., ¿es guapo?

PALOMA.—¡Oh!

PAULINA.—¿Es... interesante?

PALOMA.—¡Oh! Si le oyeras hablar... ¡No hay otro como él!



PAULINA.—(*Ceñuda*) Bueno, no será tanto.

PALOMA.—Te aseguro que es único.

PAULINA.—(*Casi indignada*) Paloma querida, no digas tonterías. Siempre quieres ser la primera en todo. Cuando hablas de tu marido, resulta que es el hombre más sinvergüenza del mundo. Cuando lloras porque eres desgraciada, eres la mujer más desgraciada de la tierra. Y ahora que tienes un amante, te figuras que es el hombre más interesante que ha dado la Humanidad. Y estoy segura que será un hombre como todos.

PALOMA.—¡Quia!

PAULINA.—(*Cada vez más indignada*) ¡Lo que se dice un muchacho corrientito!...

PALOMA.—¡Quia!

PAULINA.—¡Paloma, no digas «iquia!», que me pones nervosísima! Y, además, es una ordinariez. (*Ríe Paloma*) ¡Y no te rías! No querrás hacerme creer que tu amante es un hombre como Jerónimo.

*(Paloma, como bruscamente sobrecogida, se pone de pronto en pie y baja los ojos al suelo)*

PALOMA.—¡Por Dios, Paulina! Yo no quisiera hacerte daño.

PAULINA.—¿Eh? ¿Tú a mí? ¿Qué has hecho?

PALOMA.—Paulina...

PAULINA.—Oye, oye, oye. ¿Quién es ese hombre? ¿Le conozco yo?

PALOMA.—(*Retrocede*) ¡Sí!

PAULINA.—¿Quién es?

PALOMA.—(*Desde lejos, con muchísimo miedo*) Es... es lo que tú te figuras. Es el mismo.

PAULINA.—¿Jerónimo?

PALOMA.—¡Jerónimo!

PAULINA.—(*Un grito*) ¡Ayyy!

PALOMA.—(*Empavorecida*) Paulina... ¡Socorro!

PAULINA.—¡Miserable! Tú, mi mejor amiga. ¡Tú!!

*(Al grito de Paulina han comenzado a entrar muy asustados, los otros. Entran ahora Remedios, la Doncella, doña María y Martita, Cándido y Valdés)*

REMEDIOS.—¡Señorita!

DONCELLA.—¿Ha gritado la señorita?

DOÑA MARÍA.—¿Qué ocurre?

MARTITA.—¡Ay, mamá, que se pelean! Pero, qué bien lo estamos pasando...

*(Paulina, enfurecida, pasea de un lado a otro, seguida de las dos doncellas. Paloma está aterrada y se esconde donde puede. Cándido, Valdés, Doña María y Martita en medio)*

PAULINA.—Engañarme a mí. ¡Y ella! ¡Esa mosquita muerta!!

VALDÉS.—¡Paulina, por favor! Serénese...

PAULINA.—Esa inocente, ese ángel... ¡Esa tonta!

PALOMA.—¡Por Dios, Paulina!

REMED.—¡Señorita!

PAULINA.—¡Se ha aprovechado de mi viaje, para engañarme con Jerónimo!

TODOS.—*(Escandalizados)* ¡Oh!!

DOÑA MARÍA.—¡Qué horror!

PALOMA.—Paulina, yo te explicaré...

PAULINA.—¡No me expliques nada!

*(En este momento, con un aire muy feliz entra Jerónimo seguido de Domingo)*

JERÓN.—¿Se puede? ¿Es que pasa algo?

*(Se acerca a Remedios con mucha curiosidad)*

REMED.—*(Furiosa)* Casi nada. ¡Jerónimo, que es un sinvergüenza!

JERÓN.—¿Eh? Sujétame, Domingo.

REMED.—Y un golfo... Y un charrán, como todos los hombres, pues está engañando a la señorita con esa señora que era su mejor amiga.

JERÓN.—¡Pellízcame, Domingo!

DOMIN.—¡Señor!

PAULINA.—¡Ah! *(En el colmo)* Pero esto no queda así. ¡Quia! Se lo diré a tu marido y él se vengará por los dos. Y creo que lo menos que puede hacer un marido es buscar a Jerónimo y pegarle un tiro.

*(Jerónimo se estremece y salta)*

JERÓN.—¡¡Ca!!

TODOS.—¿Qué?

JERÓN.—Eso sí que no. De ninguna manera. Hasta aquí podíamos llegar...

*(Todos se vuelven hacia él indignadísimos)*

TODOS.—¿Eh? ¿Qué? ¿Qué dice este hombre?

DOMIN.—¡Señor!

JERÓN.—¡Que no, hombre, que no! ¡¡Aquí se acabó todo!! Se acabó la novela. Se acabaron los milagros que hace la imaginación de la señorita. Se acabó la fantasía de esa señora que dice que es mi amante. Ahora mismo voy a buscar a su marido y se lo cuento todo. Porque un tiro, ¡ni hablar!

VALDÉS.—Pero hombre, ¿a usted qué le importa todo esto?

JERÓN.—¡¡Y dale!!

PAULINA.—Pero, ¿usted quién es?

JERÓN.—*(Furioso)* ¡¡Jerónimo!!

TODOS.—¿Eh?

PAULINA.—¡Dios mío! ¡¡Él!!

JERÓN.—¿Lo oyen ustedes? ¡Jerónimo! ¡El héroe de esa señorita que no me conoce!  
¡El amante de esa señora que no he visto en mi vida! ¡El de «La viuda alegre»!  
¡El dueño de la maleta que encontraron ustedes en el cuarto del hotel! ¡El hombre irresistible! ¡Ea! ¡Ese soy yo!

PAULINA.—¡Qué horror!

PALOMA.—¡Qué espanto!

JERÓN.—¡La víctima de la imaginación de dos mujeres!

PAULINA.—¡Ay!

JERÓN.—¡Ese soy yo! ¡Que lo sepan todos! ¡Se acabó la fantasía! ¡¡Al cuerno!! ¡Yo soy Jerónimo!

TODOS.—¡Oh!

*(Paulina y Paloma caen como desmayadas, cada una en un sillón. Alboroto. Surge muy feliz la señorita que fue al colegio con Paulina)*

SEÑORITA.—Buenas tardes. Como Paulina y yo hemos ido juntas al colegio, me parece que ahora es la ocasión...

TODOS.—*(Frenéticos)* ¡¡Fuera!! ¡¡A la calle!!

TELÓN

## ACTO III

En la misma habitación y en la noche de este mismo día. Algunas luces encendidas.

*(En escena, sentadas en el sofá, frente al público, Paulina, Paloma y Remedios. Las tres ofrecen un aspecto de franca desolación)*

REMEDIOS.—¿Quieren las señoras que traiga el frasquito de las sales?

*(En medio de sus lágrimas)*

PAULINA.—¡No!

REMEDIOS.—¿Quieren las señoras que les prepare una taza de té?

PALOMA.—¡No!

PAULINA.—¡Yo solo quiero morirme!

PALOMA.—Y yo.

*(En la puerta del fondo aparece don Fabián, que viene de la calle)*

DON FABIÁN.—*(Muy sorprendido)* ¡Caray! ¿Qué ha pasado aquí? *(Las tres alzan la cabeza, le miran y luego siguen llorando)* ¡Buenas noches, Paulina!

PAULINA.—Buenas noches, tío Fabián.

PALOMA.—Hola.

REMEDIOS.—Buenas noches tenga el señor. Y el señor perdone si no me levanto, pero, con esta desgracia, no está una servidora para cumplidos.

DON FABIÁN.—*(Alarmado)* ¡Santo Dios! ¿Puedo saber qué ha sucedido?

PAULINA.—*(Desconsoladísima)* Pues que se ha descubierto que somos decentes...

REMEDIOS.—*(Desgarradoramente)* ¿No es una desgracia?

DON FABIÁN.—¡Hombre, sí, es una lata!

*(Las tres lloran ahora más fuerte)*

PAULINA.—¡Ay, tío Fabián!

PALOMA.—¡Ay, señor!

DON FABIÁN.—(*Transición*) ¡¡Cuerno!!

LAS TRES.—¡Ay!

DON FABIÁN.—¡No entiendo una palabra de todo esto! ¿Quieren ustedes dejar de llorar y contármelo todo de una vez?

PAULINA.—Es muy sencillo, tío Fabián... Era todo mentira... Mi aventura con Jerónimo, mi mala fama..., todo. Todo lo inventé yo para crearme una aureola de mujer atrevida, para que mis libros tuvieran el éxito que yo soñaba.

DON FABIÁN.—¿Cómo? ¿Dices que todo era mentira? ¿No tienes un amante?

PAULINA.—No, tío. Lo siento muchísimo...

DON FABIÁN.—¿Eh? ¿Quieres decir que nos has estado engañando a todos durante un año?

PAULINA.—Sí, tío. Pero tú, sin quererlo, tuviste la culpa. Tus advertencias me abrieron los ojos. Decías que yo no tenía ningún interés para el público; decías que una mujer como yo no podía triunfar. Me dijiste muchas cosas, tío Fabián. Estuviste bastante desvergonzado... Era necesario dar un escándalo para triunfar. ¡Tener un amante! (*Muy humillada*) Y como yo era incapaz de tener un amante de verdad, me lo inventé... Puesta a imaginar, qué mejor imaginar que lo que pudo pasar con aquella maleta y no pasó...

DON FABIÁN.—(*Mirando con angustia en rededor*) Entonces, ¿no es cierto que Jerónimo viene aquí todas las noches?

PAULINA.—No, por Dios... Lo único que ocurre aquí todas las noches es que, después de cenar, me encierro en esta habitación con un ramo de rosas, pongo el disco de «La viuda alegre» y me quedo dormida en este sofá.

DON FABIÁN.—¡Oh!

PAULINA.—Yo misma hice creer a la gente que esa era la hora de Jerónimo. Y, claro, todo el mundo se lo ha creído. Mis amistades lo contaban por ahí. Se llegó a publicar en algunos periódicos... Remedios era la única que sabía la verdad. Sin su ayuda yo no hubiera conseguido tan mala reputación como tengo...

REMED.—¿Qué no haré yo por la señorita?

PAULINA.—Gracias, Remedios. Te estoy muy agradecida. Dame un beso.

REMED.—Sí, señorita.

(*Se besan tiernamente. Don Fabián las mira estupefacto*)

DON FABIÁN.—¡Oh!

PAULINA.—Después escribí mi novela «Jerónimo». Es la historia de un gran amor que no ha existido más que en mi imaginación, pero está escrita con tanta fe, que, a veces, mientras la escribía, yo misma me llegué a creer que era

verdad. ¿Cómo no iban a creerlo los demás? La gente está deseando que una deje de ser decente. Sobre todo las mujeres. Las que no son decentes, para que haya una más, y las que son decentes, para que haya una menos... (*Con infinito desconsuelo*) ¡Ay, tío Fabián! ¿Qué va a ser ahora de mí?

PALOMA.—No seas egoísta. Di: ¿qué va a ser de nosotras?

DON FABIÁN.—¡Toma! Pero, ¿también esta señora tiene algo que ver con Jerónimo?

PALOMA.—(*Con cierto orgullo*) ¡Naturalmente!

DON FABIÁN.—¡Aaaaah!...

PALOMA.—Yo estaba con Paulina aquella noche, cuando encontramos la maleta en el hotel. Nos pareció el equipaje de un hombre extraordinario. Y sin darnos cuenta, cada una de las dos nos lo imaginamos a nuestro gusto, como a cada una le hubiese gustado que fuera. ¿Comprende usted?

DON FABIÁN.—(*Enérgico*) ¡No!

PALOMA.—Bueno, da igual. El caso es que cada una de nosotras tenía su Jerónimo. El que ella imaginaba... (*Emocionada*) Tenía algunas canas, ¿no crees Paulina?

PAULINA.—De ningún modo. (*Conmovida*) ¡Un pelo negrísimo!

PALOMA.—¿Ve usted? Ya digo que cada una se lo imaginaba a su manera.

DON FABIÁN.—¡¡La locura!! ¿Y cómo era de verdad?

PAULINA.—(*Muy natural*) Eso es lo de menos.

DON FABIÁN.—¡Ah, ya! Entonces es que Jerónimo ni siquiera existe...

PAULINA.—¡Quia! Eso es lo peor. ¡Que existe!

DON FABIÁN.—¡Hola! Y, ¿quién es?

PAULINA.—(*Irritadísima*) Es un chofer. ¡Un pobre hombre!

PAULINA.—¡Un don nadie!

DON FABIÁN.—¡Qué horror!

PALOMA.—Durante todo este tiempo yo he flirteado bastante con Jerónimo.

DON FABIÁN.—¿Con el chofer?

PALOMA.—(*Indignada*) No, señor. Con el otro. Con el mío.

DON FABIÁN.—(*Casi con angustia*) ¡Ah! Entonces hay tres Jerónimos...

PAULINA.—Pero, tío, por Dios, si está clarísimo...

REMED.—Es que este señor no se entera de nada.

DON FABIÁN.—(*Como loco*) ¡¡A la porra!!

LAS TRES.—¡Ay!

(*Las tres se asustan y se estrechan más entre sí*)

DON FABIÁN.—¡No puedo más! ¡Quiero saberlo todo de una vez! ¡Me vuelvo loco!  
¡Voy a pegarle fuego a la casa!

PAULINA.—¡Tío Fabián!

PALOMA.—No se excite usted. Si todo lo que ha pasado es muy natural...

DON FABIÁN.—¿Qué?

PALOMA.—¿No comprende usted que yo siempre tenía en la imaginación a Jerónimo? Y como mi marido es un golfo, y un mujeriego...

PAULINA.—¡Paloma! ¡Pobre Paloma!...

REMEDI.—¡Pobre señora!

PALOMA.—Desde entonces he usado a Jerónimo para darle celos a mi marido. ¿No era una buena idea?

PAULINA.—¡Magnífica!

PALOMA.—He descubierto que lo único que hace reaccionar a mi marido son los celos, el miedo a que yo pueda dejar de ser una mujer honorable. Aquella noche le puse un telegrama, diciéndole que para vengarme estaba dispuesta a fugarme con Jerónimo. Y el pobrecito mío casi se volvió loco...

DON FABIÁN.—¡¡Lo creo!!

PALOMA.—Esta mañana supe que mi marido tiene una nueva amante. (*Suspira*) Era necesario hacer un escándalo muy gordo..., y me acordé en seguida de Jerónimo.

DON FABIÁN.—¡Y dale con Jerónimo! ¡Qué manía!

PALOMA.—Como yo creía que Paulina y Jerónimo eran amantes de verdad, se me ocurrió una buena idea: decirle a Paulina que Jerónimo y yo nos amábamos.

DON FABIÁN.—¡Caramba! Sí. ¡Es una buena idea!

PALOMA.—Era un golpe formidable. El escándalo hubiera sido enorme... Pero mi marido, loco de celos, no estaría a estas horas al lado de otra mujer.

*(Y solloza muy desgraciada. Paulina y Remedios la consuelan fraternalmente. El pobre don Fabián las mira, a punto de enloquecer)*

PAULINA.—Yo he creído que Paloma era la amante del verdadero Jerónimo. Y claro, me he puesto furiosísima. Como soy tan celosa... ¡Oh, Paloma! ¿Me perdonas?

PALOMA.—Mujer... Eres muy dueña.

DON FABIÁN.—(*Con las manos en la cabeza*) ¡Santo Dios! Resulta que un hombre, al que no conocen, ha vuelto locas a las dos.

REMEDI.—¡A las tres!

TODOS.—¿Eh?

REMEDI.—¡Toma! (*Llorando*) ¿O es que el señor se ha creído que una servidora no tiene imaginación? De tanto leer la novela de la señorita, de tanto oír hablar de Jerónimo a todas horas, pues...

TODOS.—¿Qué?

REMEDI.—(*Muy ruborizada*) ¿Me perdona la señorita que la haya faltado con el pensamiento?

(*Paloma y Paulina consuelan con solicitud a Remedios*)

DON FABIÁN.—¡Oh!!

PAULINA.—¡Claro que sí, mujer..., claro que sí! Entre nosotras...

PALOMA.—¡Ella también! ¡Pobrecita Remedios, pobrecita!

(*Don Fabián ha caído en un sillón y se está secando el sudor*)

DON FABIÁN.—¡Cristo!! Pero, ¡cuánta imaginación tienen las mujeres decentes! ¡A mí me va a dar algo! (*Transición*) ¿Y dices que se ha descubierto todo?

PAULINA.—¡Claro! Como en medio de todo esto se ha presentado el chofer...

REMEDI.—Y como estaban aquí los periodistas, pues han salido corriendo al periódico para escribir una plana entera...

PAULINA.—(*Con infinito desconsuelo*) ¡Sí! Desde mañana todo el mundo sabrá que mi fama de mujer fatal es una pura fantasía. Desde mañana seré una mujer decente... Desde mañana seré muy desgraciada.

PALOMA.—¡Pobre Paulina!

REMEDI.—¡Pobre señorita! (*En un rasgo*) Yo no abandonaré nunca a la señorita, por muy decente que sea.

PAULINA.—¿Qué van a decir de mí en Hollywood?

(*Don Fabián está escuchando contrariadísimo*)

DON FABIÁN.—¡Qué catástrofe! Estamos perdidos.

PAULINA.—¿Tú también, tío Fabián?

DON FABIÁN.—Sí, hija mía. A mí esto me perjudica muchísimo.

PAULINA.—¿Qué dices? ¿No has estado un año entero riñéndome por esta vida mía, que tú y todos creíais llena de inmoralidad y locura? ¿Cuántas veces has invocado el honor de esos antepasados nuestros que estuvieron en la guerra de Flandes?

DON FABIÁN.—Mujer... Date cuenta. Había que estar en carácter.

PAULINA.—(*Indignada*) ¿Qué dices?



DON FABIÁN.—Lo cierto es que yo, aunque no le conocía, le había tomado cariño a Jerónimo.

PAULINA.—¡Tú!!

DON FABIÁN.—Además, desde hace algún tiempo mis ideas han cambiado mucho ¿sabes? He comprobado que, en sociedad, la falta de vergüenza no está tan mal vista como parece...

PAULINA.—¡Tío Fabián!!

DON FABIÁN.—Verás. A consecuencia del renombre que has adquirido con tu mala fama, mi situación social ha mejorado mucho... Sí, hija mía. Los de la asociación de antiguos alumnos me dieron un banquete; me han hecho presidente del casino; me han invitado a comer en las casas más serias y respetables porque era tu tío... (*Indignado*) Y ¡claro!, si ahora se descubre que todo es mentira, si se vuelve a saber que tú eres una infeliz, me has birlado el porvenir.

PAULINA.—¿Es posible?

DON FABIÁN.—Te diré.

LAS TRES.—¡Oh!!

PAULINA.—(*Casi sin voz*) Tío Fabián...

*(Don Fabián, muy disgustado, busca su sombrero y su bastón y se dispone a salir)*

DON FABIÁN.—Bueno. Esto hay que arreglarlo de alguna manera. Si yo pudiera detener a esos endiablados periodistas... Pero, quia. Voy corriendo al casino. Le diré a la gente que sí, que eres decente, pero no tanto... Vaya, buenas noches. (*Al salir*) ¡Demonio, demonio! ¡Qué contrariedad! Ahora que me iba yo a meter en el gran mundo...

*(Y sale. Las tres mujeres se han quedado inmóviles y boquiabiertas. Se miran)*

REMED.—¡Cuidado que tiene poca vergüenza este señor!

*(Y sale tras de don Fabián, quedando solas Paulina y Paloma)*

PAULINA.—¡Qué horror! Ni siquiera a él le conviene que yo sea decente... Y me parece que, en el fondo, ni a los de la guerra de Flandes.

PALOMA.—Paulina...

PAULINA.—Paloma...

*(Llorando caen la una en brazos de la otra)*

PALOMA.—Me voy. Pero antes quiero entrar en tu cuarto para arreglarme un poco... ¿Me permites?

PAULINA.—¡Naturalmente!

PALOMA.—Sí, me voy a mi casa. Esta noche será una casa muy grande y muy vacía. Creo que mi marido cena con la vicetiple...

*(Llora otra vez)*

PAULINA.—¡Pobre Paloma, pobres de nosotras!

PALOMA.—Todo ha sido inútil, Paulina.

PAULINA.—Sí, Paloma. Todo.

*(Se besan una vez más. Paloma marcha muy despacio. Al llegar a la puerta, se detiene en silencio)*

PALOMA.—Oye, Paulina.

PAULINA.—Dime...

PALOMA.—Voy a confesarte algo muy importante. *(Vuelve junto a Paulina. Se va ruborizando mientras habla)* Verás. En todo lo que ha pasado, en esta aventura nuestra, hay algo de verdad.

PAULINA.—*(Mohína)* ¡Sí! ¡El chofer!

PALOMA.—*(Con repugnancia)* ¡No me refiero al chofer!

PAULINA.—¡Ah!

PALOMA.—Hablo del otro, de mi Jerónimo. Te lo digo aunque me ponga colorada. Para mí era como si Jerónimo existiera. A veces, mi marido me ha sorprendido con los ojos cerrados y me ha dicho: ¿En qué piensas? Y yo... pensaba en Jerónimo...

PAULINA.—¿Estabas enamorada de Jerónimo?

PALOMA.—Un poco.

PAULINA.—¡Oh!

PALOMA.—¡Ay! Si tú supieras. En mi vida ese hombre, ese sueño de un hombre, era el ideal. Era todo lo que no tengo y necesito para ser feliz. Mi marido me engaña; Jerónimo me era fiel. Mi marido se burla de mí porque dice que soy insignificante; Jerónimo decía que yo, aunque no lo parezca, tengo muchísimo talento.

PAULINA.—¿Estás segura de que te lo decía?

PALOMA.—*(Sonríe)* Mujer... como todo me lo decía yo misma, no hay duda.

PAULINA.—Eso es verdad. Entonces, ¿quieres decir que, en sueños, Jerónimo era tu amante?

PALOMA.—(*Ruborizada*) Eso mismo.

PAULINA.—¡Ah!

PALOMA.—¡Y qué sueños, Paulina! Era delicioso... Me llevaba a cenar a un restaurante de las afueras, donde nadie podía vernos. (*Sonríe*) Y luego, los viajes.

PAULINA.—¿Has viajado mucho con él?

PALOMA.—Mucho. La semana pasada estuvimos en Estoril. (*Un levísimo silencio. Paloma baja la cabeza*) Soñar así es malo, ¿verdad, Paulina? (*Otro silencio*) Sí; es un pecado.

PAULINA.—(*Ensimismada*) ¡No lo sé! Yo también soñaba así. (*Paloma alza la cabeza, la mira y escucha*) Esta tarde, cuando te oí decir que me lo habías quitado, he llorado de celos y de rabia. Parecía que me arrancabas algo mío, muy mío. Y era solo un sueño. Ya ves si tiene fuerza un sueño. He soñado aquí tanto todas las noches, encerrada en esta habitación, con la ilusión de que por un milagro el Jerónimo de mi fantasía apareciese por esa puerta... ¿Por qué no había de venir, si existía, si aquella maleta tenía un dueño? ¡Si supieras qué feliz he sido en estas cuatro paredes, esperándole!... Tanto, tanto, que no tengo fuerzas para renunciar... Y esta noche, aunque ya se ha roto el encanto y Jerónimo nunca podrá venir a buscarme, me quedaré aquí sola, oyendo nuestro vals, soñando que vivo una de aquellas noches de amor... (*Desvía los ojos*) Sí, Paloma. Te comprendo. Con la imaginación, yo también he sido la amante de Jerónimo.

PALOMA.—Oye, Paulina. Entonces esas escenas de amor tan atrevidas que describes en tu novela, ¿las has soñado como si de verdad las hubieras vivido?

PAULINA.—(*Ruborizada*) Sí. Como si las hubiera vivido.

PALOMA.—(*Escandalizada*) ¡Paulina, hija, pues eres de cuidado!

PAULINA.—(*Picada*) ¡Digo! Pues mira que tú... ¡Cenar en las afueras con un hombre que no es tu marido!

PALOMA.—¡Ay, sí! ¡Qué vergüenza!...

*(Las dos bajan los ojos al suelo muy avergonzadas. Un silencio. Suspiran)*

PAULINA.—Claro que, después de todo, todo era mentira.

PALOMA.—Todo era mentira, gracias a Dios.

*(Se miran. Suspiran como librándose de un gran peso)*

PAULINA.—Paloma, ¿sabes lo que estoy pensando?

PALOMA.—No...

PAULINA.—(*Pensativa*) ¿Si resultara que las mujeres decentes no somos tan decentes como creemos?

PALOMA.—¡Quién sabe! Buenas noches, Paulina.

PAULINA.—Buenas noches, Paloma.

*(Queda sola Paulina. Inmediatamente, en el fondo surge Remedios)*

REMEDIOS.—¡Chiss! ¡Señorita!

PAULINA.—¿Qué?

REMEDIOS.—(*Contentísima*) ¡Ya ha vuelto Pepita!

PAULINA.—¿Ya ha vuelto? ¿Es posible?

REMEDIOS.—¡Sí, señorita! Ha vuelto... ¡y lo ha encontrado!

PAULINA.—(*Muy nerviosa*) ¡Ay! ¿Estás segura?

*(Aparece en el fondo la Doncella, que viene de la calle, muy sofocada y contenta)*

DONCELLA.—¡Señorita! ¡Señorita Paulina!

PAULINA.—¡Pepita!

DONCELLA.—¡Ay! No puedo más. ¡Estoy que me ahogo! ¡Lo que he corrido!...

PAULINA.—Siéntate. ¡Pero habla, por Dios, criatura!

DONCELLA.—Hice todo lo que me mandó la señorita. Me acerqué al punto de taxis de la esquina, les di las señas de esos dos hombres... Los conocieron en seguida. Por lo visto, son muy populares.

REMEDIOS.—Lo creo.

PAULINA.—¡Sigue!

DONCELLA.—Me mandaron a otro punto de la calle de Goya. De allí me mandaron a un garaje de la calle de Claudio Coello, y en el garaje me mandaron a una taberna... Y allí estaban los dos.

PAULINA.—(*Horrorizada*) ¿Estaban borrachos?

DONCELLA.—Quia, no, señorita. Estaban cenando... Los pobrecillos se habían metido en un rincón. Para mí que estaban un poco avergonzados. Como la taberna estaba llena de señoritos...

PAULINA.—Ya, ya. (*Indignada*) Pero, ¿por qué van los choferes a los sitios que nos les corresponden?

REMEDIOS.—Es que ahora está todo muy revuelto...

PAULINA.—Pero, sigue, por Dios, Pepita. ¡Habla de una vez!

DONCELLA.—Pues... me acerqué a ellos. Le dije a Jerónimo que la señorita necesitaba verle esta misma noche, para algo muy importante. Y si viera la señorita que se emocionó muchísimo...

PAULINA.—¿De veras?

DONCELLA.—¡Digo! El pobre se puso tan contento que a mí me pareció que se le saltaban las lágrimas. Nos metimos los tres en el taxi, y abajo se han quedado los dos viendo no sé que historia del motor... Creo que están muy preocupados por los frenos.

*(Un timbre dentro)*

PAULINA.—¡¡Ay!!... *(Muy asustada)* Ahí están...

DONCELLA.—¡Sí, señorita! ¡Son ellos! ¿Abro?

PAULINA.—*(Casi temblando)* Abre. *(Sale corriendo la Doncella. Quedan solas Paulina y Remedios)* ¡Remedios!

REMED.—¡Señorita!

PAULINA.—Este es mi último recurso. Si este hombre acepta mi plan estoy salvada. Si no, quedaré en ridículo para siempre. *(Amargamente)* ¡Hay que ver! Con lo fácilmente que pierden la vergüenza algunas mujeres y con el trabajo que nos cuesta a otras... ¡Remedios!

REMED.—¡Señorita!

PAULINA.—Paloma está en mi cuarto arreglándose para marcharse... Ten cuidado: que no se entere de nada. Lo estropearía todo, como siempre.

REMED.—¡Sí, señorita! Descuide.

PAULINA.—Oye, Remedios... No te vayas muy lejos. Lo más probable es que ese hombre se quiera aprovechar...

REMED.—*(Enérgicamente)* Tranquilícese la señorita. Si ese hombre se propasa no tiene la señorita más que dar un grito. ¡Socorro! Y yo entro...

*(Y sale Remedios. Paulina queda esperando muy nerviosa. Una pausa. Aparece en el fondo, tímidamente, Jerónimo. La mira un momento, casi embelesado y sonrío)*

JERÓN.—¡Je! Buenas noches...

PAULINA.—*(Muy ruborizada, sin mirarle)* Buenas noches.

JERÓN.—Su doncella me ha dicho que necesitaba usted hablar conmigo... *(Un silencio. Suspira)* Me figuro que estará usted muy disgustada por lo de esta

tarde. Pero yo no tenía más remedio que aclarar la situación... (*Digno*) Se trataba de mi buen nombre.

PAULINA.—(*Furiosa*) ¡No se quede usted en la puerta!

JERÓN.—(*Asustado*) ¡No, señorita!

PAULINA.—Y siéntese.

JERÓN.—No sé si debo...

PAULINA.—¡He dicho que se siente!

JERÓN.—Sí, señorita. Con permiso.

(*Y se sienta. Los dos se miran. Un silencio*)

PAULINA.—¿Se figura usted para qué le he mandado llamar?

JERÓN.—Creo que sí, señorita. (*Sonríe*) Me parece que la señorita necesita esta noche un taxi de confianza. Seguramente, la señorita quiere ir sola a una «boîte» o a una juerga flamenca de esas de la Ciudad Lineal... ¡Como si lo viera!

PAULINA.—(*Indignada*) ¡De ninguna manera! Yo no puedo ir sola a una «boîte» y muchísimo menos a una juerga flamenca... ¿Por quién me ha tomado usted?

JERÓN.—¿La he ofendido? (*Intimidado*) Usted perdone. En fin, pues si no me va a alquilar la señorita, no sé qué quiere de mí la señorita...

PAULINA.—(*Transición. Pensativa*) Realmente, sí, se trata de un alquiler...

JERÓN.—(*Muy contento*) ¡Ah, vamos! Ya decía yo... ¿Vamos a ir muy lejos?

PAULINA.—Sí, muy lejos. Quizá demasiado. Pero es inevitable...

(*Jerónimo se pone en pie muy decidido y se dispone a salir*)

JERÓN.—Entonces, con el permiso de la señorita. Voy a repasar los frenos... No me fío.

PAULINA.—¡No! (*Indignadísima*) ¡No se vaya!

JERÓN.—¡Señorita!

PAULINA.—¡Estese usted quieto! ¡Y no me hable más del taxi! Yo solo quiero alquilarle a usted. ¡A usted solo!

JERÓN.—(*Atónito*) ¿Sin el taxi?

PAULINA.—¡Sin el taxi!

JERÓN.—(*Interesadísimo*) ¿Y de qué me va usted a alquilar?

PAULINA.—(*Ruborizadísima*) Pues... de amante.

JERÓN.—¿Eh? ¿Que me va a usted a alquilar de amante? (*Casi en un brinco*) ¡Socorro!

PAULINA.—¡¡Ay!!

*(Ella retrocede muy alarmada. Surge como un rayo, Domingo, en el fondo)*

DOMIN.—¿Ha pedido socorro el señor?

JERÓN.—¡Sí!

DOMIN.—¿Es que la señorita ha querido atropellar al señor?

JERÓN.—Todavía, no. Pero me ha propuesto que sea su amante.

DOMIN.—*(Mirando severamente a Paulina, de arriba abajo)* ¡Qué barbaridad!  
Cómo están las mujeres...

*(Mira a Paulina amenazadoramente y se va muy digno por el fondo. Jerónimo, derrumbado en el sillón, se seca el sudor. Ella parapetada detrás del sofá)*

PAULINA.—*(Muy bajo)* ¿Se ha asustado usted mucho?

JERÓN.—Muchísimo, la verdad.

PAULINA.—*(Ingenuamente)* Hay que ver... Yo creía que a los hombres estas cosas no les hacían tanta impresión.

JERÓN.—¡Señorita! Es que a los hombres la decencia no nos estorba tanto como a las mujeres... Y lo que usted me acaba de proponer es para que cualquiera se ponga colorado. De veras. De manera que me quiere usted alquilar en concepto de amante...

PAULINA.—Sí... Creo que es usted el más indicado.

JERÓN.—¿Usted cree?

PAULINA.—¡Claro! Después de lo que ha pasado entre nosotros es lo más natural...

JERÓN.—*(Indignado)* Pero si no ha pasado nada...

PAULINA.—Eso creerá usted.

JERÓN.—¡Señorita!

PAULINA.—Oiga usted a la gente y verá. Todo el mundo cree que usted es el héroe de mi novela. ¡El hombre de mi vida!

JERÓN.—Pero si todo es una patraña que ha inventado usted...

PAULINA.—¡Claro! Pero como se lo ha creído todo el mundo... Comprenderá usted que si me dedico a tener un amante no voy a engañarle a usted con otro. Sería hacerle a usted de menos. *(Gravemente)* Y eso, de ninguna manera.

JERÓN.—*(Boquiabierto)* Muchas gracias.

PAULINA.—De nada. Estas cosas hay que hacerlas con decoro.



JERÓN.—¿De verdad? (*Transición*) Bueno. Yo me voy a volver loco. Siga usted, por favor.

(*Se deja caer otra vez sobre el sillón y la escucha con los ojos de par en par*)

PAULINA.—Supongo que tendrá usted interés en conocer las condiciones.

JERÓN.—Caramba, sí. Tengo una curiosidad...

PAULINA.—Es muy sencillo. Cuente usted con todo el dinero que necesite.

JERÓN.—(*Aterrado*) Pero, ¿es que, además, me va usted a pagar?

PAULINA.—(*Con dignidad*) ¡Naturalmente! Lo contrario sería un abuso...

JERÓN.—¡Qué barbaridad! Cómo cambia todo...

PAULINA.—Le repito que tendrá usted todo lo que desee. En el invierno pasaremos un par de meses en París. Pero le exijo que venda ese horrible taxi inmediatamente. Me pondría en ridículo. ¡Ah! Mañana, muy temprano, irá usted al sastre. ¡Ah! Otra cosa. Y esto es lo más importante. (*Suspira y se ruboriza*) Le dirá usted a todo el mundo que está usted loco por mí... (*Un silencio. Sin mirarle*) ¿Se siente usted capaz de hacerlo?

JERÓN.—Eso sería lo más fácil... (*Sonríe*) Me gusta usted muchísimo.

PAULINA.—(*Más sonrojada todavía*) Gracias. (*Se calla*) ¿Tiene usted alguna objeción que hacer?

JERÓN.—No... (*Un suspiro*) Todo esto es extraordinario. Yo, un pobre hombre, convertido de pronto en el amante de Paulina Jordán. Bien vestido, bien pagado. Los inviernos en París. Es maravilloso, sencillamente maravilloso... Es como una de esas novelas de fantasía que usted escribe. No, no tengo nada que decir. Acepto.

PAULINA.—¡Gracias! (*Un silencio*) Entonces...

JERÓN.—¡Je! (*Casi sin atreverse. Muy ruborizado*) ¿Cuándo quiere usted que empecemos?

PAULINA.—En seguida. (*Avergonzadísima*) Es muy urgente.

JERÓN.—¡Ah! Entonces... (*Una pausa. Los dos se miran de lejos y sonríen*) ¿Quiere usted sentarse en mis rodillas y darme un beso?

PAULINA.—(*Retrocede aterrada*) ¿Qué...? ¿Qué ha dicho usted? ¿Que le dé un beso? Pero, ¿es que se ha vuelto usted loco?

JERÓN.—Pero, señorita, no se me ocurre un medio más rápido de empezar nuestras relaciones...

PAULINA.—(*Un grito*) ¡¡Ay!! ¡No! ¡Eso, no!! No me toque usted. ¡No se acerque! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Remedios!!



*(Surge Remedios)*

REMEDIOS.—¡Señorita! ¿Qué le ocurre a la señorita?

PAULINA.—¡Ay, Remedios! Este hombre es un sinvergüenza.

JERÓN.—¡Oh!!

*(Paulina se refugia en los brazos de Remedios y llora acongojada)*

REMEDIOS.—¡Señorita!

PAULINA.—¡Ay, Remedios de mi alma! Me ha pedido que le dé un beso...

REMEDIOS.—*(Horrorizada)* ¡Virgen Santa!

PAULINA.—¡Y quiere que me siente en sus rodillas!!

REMEDIOS.—¡Dios mío!! *(Indignada)* Pero qué desahogados son todos los hombres.

Habrás visto... Pedirle un beso.

JERÓN.—¡Señora!

*(Entra veloz Domingo)*

DOMIN.—He oído voces. ¿Quién ha pedido socorro: el señor o la señorita?

JERÓN.—¡La señorita!

DOMIN.—¡Ah, bueno!

*(Y se vuelve a marchar muy satisfecho. Paulina sigue llorando sin consuelo en los brazos de Remedios)*

PAULINA.—¡Si ya sabía yo que no era un caballero! ¡Si ya sabía yo que era un fresco!

REMEDIOS.—Pobrecita, pobrecita. ¡Cálmese la señorita! Voy a prepararle una taza de té. Si se acerca ese hombre, grite. Y si intenta besarla otra vez, llamaré a la policía. Ese miserable, atrevido... ¡Golfo!

JERÓN.—¡Señora!

*(Remedios se va fulminando a Jerónimo con la mirada. Paulina se deja caer en el sofá y llora con un enorme desconsuelo)*

PAULINA.—Golfo, sí, sinvergüenza, desaprensivo... ¡Que me siente yo en sus rodillas! ¡Que le dé un beso! Pero si yo nunca he besado a ningún hombre, ni me he sentado en las rodillas de nadie... ¿Qué se ha creído usted? ¿Por quién me ha tomado? ¡Claro! Ahora comprendo por qué quería llevarme a

una juerga flamenca, nada menos que a la Ciudad Lineal... Ya se sabe con qué intenciones. ¡Ay, Dios mío, Dios mío!

JERÓN.—(*Con la cabeza entre las manos. Exasperado*) ¡Señorita!

PAULINA.—¡Váyase de aquí! ¡No quiero verle más! ¡Fuera de mi casa!

JERÓN.—(*Frenético*) ¡Por todos los santos! ¡Tengo perfecto derecho a pedirle que me dé un beso!

PAULINA.—¿Qué está usted diciendo?

JERÓN.—¿No me acaba usted de proponer que sea su amante?

PAULINA.—Anda... ¿Y eso qué tiene que ver?

JERÓN.—¡Señorita! Me ha propuesto usted que sea su amante con todos los gastos pagados... Hasta me ha ofrecido llevarme a París de vez en cuando, que ya es el colmo. ¿O es que yo estoy loco?

PAULINA.—(*Asombradísima*) Pero, ¿es que usted ha creído que yo le pido que sea mi amante... de verdad?

JERÓN.—¡Señorita!

PAULINA.—Pero, hombre. ¿Con qué derecho ha creído usted eso?

JERÓN.—¡Señorita! Hable usted de una vez, porque me voy a volver loco...

PAULINA.—Yo lo que quiero es que ante la gente represente usted el papel de amante mío. Nada más que eso. ¡Pues no faltaría otra cosa!

JERÓN.—¡Otro infundio! ¡Otra mentira!!

PAULINA.—Pero, ¿es que aún no se ha dado usted cuenta de mi situación? Hasta hoy, todos creían que usted era mi amante. Por eso he tenido popularidad; por eso he triunfado con mis libros. Pero su estúpida llegada de esta tarde lo ha descubierto todo... ¡Y me ha arruinado usted!

JERÓN.—¡Señorita!

PAULINA.—Ha hecho usted que todos descubran mi mentira y vuelvan a considerarme de nuevo como lo que soy; como una pobre mujer.

JERÓN.—¡Señorita!

PAULINA.—¿Y cree usted que puedo cruzarme de brazos y darme por vencida y esperar mi ruina y mi descrédito? Quia... Para eso está usted. ¿No es usted el verdadero Jerónimo? Pues es preciso que usted, usted mismo, que tiene la culpa de todo, declare públicamente que todo es cierto, y que desde aquella noche de las Termas es usted mi amante. Y es necesario, que en apariencia, lo siga usted siendo. Por esas apariencias... estoy dispuesta a darle lo que me pida. Por eso quiero que vayamos juntos a París, porque cuando una mujer y un hombre van juntos a París ya nadie puede dudar de que son amantes... Pero solo por eso. ¿Comprende usted? (*Se acerca a él*) ¿Me ha oído usted?

JERÓN.—¡Sí!

PAULINA.—(*Temblorosa*) ¿Y qué me contesta usted? ¿Me va usted a ayudar?

JERÓN.—Le diré... (*Un silencio. Silba bajito*) ¿Puedo poner una condición?

PAULINA.—Sí. Pero no espere usted que le bese, ni muchísimo menos.

JERÓN.—¡No, señorita! Es algo bastante más sencillo. (*Naturalísimo*) Quiero que se case usted conmigo.

(*Paulina retrocede despavorida, casi sin habla*)

PAULINA.—¿Qué...? ¿Qué ha dicho? (*Atónita*) ¿Casarme yo con usted? Pero, ¿por qué?

JERÓN.—Porque es la única forma de que vayamos juntos a París decentemente.

PAULINA.—¡Oh!

JERÓN.—(*Transición*) ¡Y porque desde hace un año estoy loco por usted!

PAULINA.—¡Jerónimo!

JERÓN.—Sí, señorita. ¡El mismísimo Jerónimo!

PAULINA.—(*Casi sin voz*) ¿Ha dicho usted que me quiere desde hace un año?

JERÓN.—(*Sonríe suavemente*) Sí. ¿Se acuerda usted de aquella noche? Un hotel, en medio del campo. Por error, dos huéspedes, un hombre y una mujer, para una sola habitación. Él, un aristócrata arruinado, que se asusta del fracaso de su propia vida, tan inútil y tan estúpida. Ella, tan soñadora que, con un nombre y una maleta, sueña nada menos que el hombre ideal; porque, sin saberlo ella misma, en su vida estaban haciendo falta un hombre y un ideal...

PAULINA.—¡Jerónimo!

JERÓN.—Usted soñaba con un Jerónimo hecho a su gusto, que no era yo. Y yo le dije a usted que yo no era yo sino mi propio criado. ¿Lo recuerda? —No, señorita. Yo no soy Jerónimo, soy su criado...—¡Me lo figuraba! —¿Por qué, señorita? —Hombre, que sé yo... Porque tiene usted cierto aire...

PAULINA.—¿Eso dije?

JERÓN.—(*Suspira*) Sí, señorita. Eso mismo. Y preferí dejarla a usted soñando. Durante este año la he seguido de cerca y de lejos. Todos los días, hasta hoy. Esta tarde, en Barajas no tomó usted nuestro taxi por casualidad... Quia. Lo que pasó fue que Domingo y yo, aprovechando el barullo, la metimos casi a empujones en el coche. Tampoco perdió usted el bolso. Se lo robó Domingo, que es muy habilidoso... Era un buen pretexto para subir aquí, a su casa, y verla una vez más. Verla risueña, bonita, encantada con su mala fama... Y ahora ya estamos los dos, el verdadero Jerónimo, y la verdadera Paulina, cara a cara por primera vez... Si lo piensa usted un poco, verá usted que nuestra boda es la única solución.

PAULINA.—(*Casi balbuceando*) ¡Dios mío! Pero si todo es una novela... (*Piensa un poco y se sobrecoge*) ¿Y de verdad cree usted imprescindible que nos casemos?

JERÓN.—Sí, señorita. Absolutamente imprescindible.

PAULINA.—(*Muy bajito*) ¿Es su última palabra?

JERÓN.—Sí, señorita.

PAULINA.—(*Le mira y, muy apurada, se le saltan las lágrimas*) ¡Ay, Dios mío!

JERÓN.—¡Paulina!

PAULINA.—¡Ay, Dios mío! Ya sabía yo que se iba aprovechar.

JERÓN.—¡Oh!

*(Ríe. La toma con suave firmeza y la besa. Ella pega un chillido. Surgen alarmadísimos, cada uno por una puerta, Remedios y Domingo)*

PAULINA.—¡Aaayy!

REMED.—¿Ha llamado la señorita?

DOMIN.—¿Ha llamado el señor?

PAULINA.—(*Con mucha naturalidad*) Pero, ¿se puede saber por qué pasan ustedes la noche metiéndose en lo que no les importa?

REMED.—(*Horrorizada*) ¡Señorita! ¡Es que ese sujeto la está besando!

PAULINA.—¡Naturalmente! Y me parece que tiene perfecto derecho a besarme... ¿O es que te olvidas de que este hombre es el auténtico Jerónimo?

REMED.—¡Oh!

JERÓN.—¡Domingo!

DOMIN.—¡Señor!

JERÓN.—¡Te regalo el taxi!

*(Se desprende de su blusa de chofer y se la tiende a Domingo. Aparece su traje de calle, correcto, elegante)*

DOMIN.—(*Encantado*) ¡Qué gran señor es el señor!

JERÓN.—Desde mañana se acabó Jerónimo el indolente, el fracasado... Desde mañana a trabajar con toda ilusión, como un hombre. A vivir, a triunfar. Desde mañana ejerceré mi carrera. Porque si no recuerdo mal, antes de arruinarme yo tenía una carrera... Domingo, ¿qué era yo: abogado o ingeniero?

DOMIN.—¡El señor era arquitecto!

JERÓN.—¡Justo! Arquitecto. ¡Qué carrera más bonita tengo! Trabajaré...  
*(Entusiasmadísimo)* Construiré casas, muchas casas. Casas de lujo, casas baratas...

REMED.—*(Tierna)* ¡Casas baratas! Es un soñador.

*(Aparece Paloma. Viene arreglada y dispuesta para marchar, ya con el sombrero y los guantes)*

PALOMA.—Adiós, Paulina, me marcho... *(De pronto, descubre a Jerónimo, con gran alborozo)* ¡Ay! ¡Pero si está usted aquí! ¡Qué suerte! ¡Esto es maravilloso! ¿Cómo ha adivinado usted que yo le necesitaba? Tenía el propósito de buscarle por todo Madrid, porque tengo que hacerle una proposición. Se me ha ocurrido una idea formidable. Una idea definitiva...

PAULINA.—¡No digas más! Se te ha ocurrido proponerle a Jerónimo que aparente ser tu amante, para que tu marido tenga celos de verdad...

PALOMA.—*(Entusiasmada)* ¡¡Sí!! Eso es...

PAULINA.—Y hasta estás dispuesta a darle todo lo que te pida...

PALOMA.—¡¡Sí!! Eso mismo. ¿No te parece una ocurrencia estupenda?

PAULINA.—Ya lo creo. Pero llegas tarde, queridísima.

PALOMA.—*(Desconsolada)* ¡Ay! Pero, ¿por qué?

PAULINA.—Porque la misma idea se me ha ocurrido a mí antes... ¡y tengo que casarme con él!

TELÓN



COLECCIÓN DE TEATRO  
**VÍCTOR RUIZ IRIARTE**